



EXÁMEN DEL MATERIALISMO MODERNO.

VII. *

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

DRAPPER, BAGHEOT.

Siguiendo el orden lógico de las doctrinas positivistas, relativas á la humanidad y á su historia, no debiera tratar ahora de las que ha expuesto el doctor Drapper, catedrático de Fisiología y de Química en la Universidad de Nueva-York, en su obra titulada *Historia del desenvolvimiento intelectual de la Europa*, porque en ella no se llevan hasta el extremo las conclusiones de la escuela, sino que, por el contrario, más bien parece que el libro está informado por una especie de eclecticismo, que, admitiendo todos los resultados y aún las hipótesis del trasformismo, creyendo con razon que su conjunto es insuficiente para comprender y explicar la historia, se completa con un principio especial y distinto de la evolucion y modificación de la materia única, que ya explícita, ya implícitamente, admiten los positivistas; véase sobre este punto, importantísimo, las mismas palabras de Drapper.

«El hombre tiene muchos puntos comunes con los animales, que se le asemejan por su estructura anatómica y, como ellos, es una sucesion continua de materia, y un gasto tambien continuo de fuerzas; las impresiones causadas por los objetos exteriores se reúnen en sus ganglios sensitivos, para examinarlas despues, y para convertirse en motivos de accion. Pero el hombre difiere de los animales; en que lo que en éstos es preparatorio y rudimentario, es en aquél completo y perfecto. El aparato instintivo ha producido por su desarrollo un aparato intelectual. Los cuadrúpedos más perfectos necesitan un estímulo exterior para determinar el ejercicio del pensamiento; pero luégo el pensamiento sigue una marcha determinada, y las acciones del animal indican que raciocina conforme á los mismos principios que el hombre, y que de los hechos, que puede observar, saca, como el hombre, consecuencias más ó menos exactas; una vez formado este instrumento intelectual, entra en seguida en ejercicio, y se producen resultados de un orden enteramente superior. La sucesion de las ideas deja de ser arbitraria, y pueden producir otras nue-

vas, no sólo bajo la accion de causas externas, sino en virtud de una influencia interna y espontánea. Lo pasivo deja su lugar á lo activo. El animal se acuerda, la recoleccion (la asociacion?) es peculiar del hombre. Todo concurre á demostrar que al desarrollo y perfeccion del instrumento intelectual, ha seguido la adiccion de un agente ó principio capaz de servirse de él. Existe, por tanto, una diferencia esencial entre el bruto y el hombre, no sólo en lo que concierne á su constitucion, sino en lo que se refiere á su destino.»

Como acontece con todos los sistemas ecléticos, el del doctor Drapper adolece de los defectos de los dos que trata de unir de una manera fortuita y arbitraria; y esta union, por lo mismo que no es deducida de la esencia misma del sistema, constituye un defecto más grave y característico. No he de repetir aquí lo que ya he dicho acerca de *las teorías de Darwin*, limitándome á probar que las admite Drapper sin reserva alguna, y que, poco ántes de las palabras que he traducido, dice: «Nunca un tipo animal nuevo ha venido á ingerirse entre los tipos primitivos, sino que ha salido de ellos, siguiendo una serie definida de trasmutaciones.» Por otra parte, la causa ó el principio que viene en el hombre á agregarse al organismo, ó sea el alma, no se sabe qué origen tiene, ni cuál es su naturaleza y objeto, por lo que, con las imposibilidades y absurdos que envuelve el sistema materialista de las trasformaciones, se suman aquí los errores del psicologismo meramente experimental, que parte del llamado hecho de conciencia, el cual se supone que es primitivo é irreductible, desconociendo que un hecho, de cualquier género que sea, puede ser origen de algun conocimiento individual; pero no puede servir de punto de partida, y mucho menos de fundamento científico; sobre este particular, para no incurrir en repeticiones, me refiero á lo que dejo dicho en el capítulo en que examino las doctrinas psicológicas de Bain y de Spencer.

Además, Drapper es ilógico, y el alma es, en su sistema, una superfetacion enteramente innecesaria; porque si las evoluciones de la materia llegan en el reino orgánico á formar por sí, en virtud de la ley á que obedecen, el aparato intelectual ó intelectivo, como él dice, al propio tiempo que el aparato, deben engendrar la funcion, porque ambas cosas son una misma, consideradas de un modo diferente; de suerte, que es una suposicion gratuita la de un motor que ponga en juego el tal aparato. Aun admitiendo esta necesidad, ese mo-

* Véanse los números 40, 41, 43, 45, 46, 47 y 48, páginas 129, 161, 225, 301, 329, 372 y 399.

tor sería la acción exterior que en los animales supone que sirve para darle impulso; así lo afirman los transformistas consecuentes, diciendo que los fenómenos de la voluntad humana, los más difíciles de explicar para esta escuela, son resultado de la acción refleja del mundo exterior, como los intelectuales, de la acción directa de la misma causa; resumiendo estas doctrinas en una fórmula concreta, puede decirse, que, según los positivistas, la sensación engendra la inteligencia, y la emoción que la misma sensación ocasiona, produce la voluntad.

La teoría histórica de Drapper es, por otra parte, tan arbitraria como su teoría antropológica, y recuerda en muchos puntos la doctrina de Vico; lo mismo que el escritor napolitano, asimila á la humanidad con el individuo, y considera su existencia dividida en épocas ó edades; siguiendo también á Vico, supone que esta división de edades se repite en cada civilización ó nacionalidad distintas. Respecto á Europa, señala, como tipo de su entero desenvolvimiento, el de la Grecia; y partiendo, según llevo dicho, de que éste es idéntico al del individuo, lo divide arbitrariamente en cinco períodos, que llama: 1.º Edad de credulidad; 2.º edad de exámen; 3.º edad de fe; 4.º edad de razón, y 5.º edad de decrepitud. Los errores que nacen de esta analogía son evidentes, porque la humanidad se diferencia de los individuos que la componen, precisamente en su perpetuidad, y en virtud de ella, no pueden existir ni existen sucesivamente en su desenvolvimiento esos períodos. Aun considerado el hombre como especie meramente animal, vemos que no se puede decir que fuera ayer joven, hoy adulto y mañana decrepito, sino que es todo eso al mismo tiempo, como es al mismo tiempo vida y muerte; siendo el vivir consecuencia del morir, y el morir consecuencia de la vida, porque lo que en la percepción inmediata aparece dividido, es uno en la idea absoluta, que se determina como sistema en la naturaleza y en el espíritu.

De resultados de esta división arbitraria, son también indeterminados los caracteres que á cada edad se asignan; y aún el orden en que se supone su sucesión es contrario á los hechos mejor averiguados de la historia: poner la edad de exámen antes de la edad de fe, es contrario á lo que siempre se ha creído y á lo que ha tenido lugar en el mundo; además, no se comprende la diferencia que pueda existir entre la edad de exámen y la de razón, colocada en cuarto lugar; pues si la razón es el instrumento, el exámen es la función que éste desempeña, y, por lo tanto, ambas cosas deben coexistir en el mismo momento histórico, y predominar, además, al mismo tiempo, si en realidad lo caracteriza; la razón y el exámen, lo mismo que la fe y la credulidad, coexisten y coexistirán en todos los períodos de la historia, porque todas estas cosas corresponden al espíritu, cuya manifes-

tación en la naturaleza, simultánea y sucesiva, es la esencia de esta esfera de la realidad y del conocimiento.

Es imposible examinar en sus pormenores el cuadro histórico que traza Drapper, en el que se revela una erudición vastísima, aunque dirigida, como puede deducirse de lo que llevo dicho, por ideas erróneas y además contradictorias; así es que, por una parte, pudiera creerse que fiel en esto al sistema de Vico, Drapper admite en cada nación la existencia sucesiva de las cinco edades ó períodos que ha establecido para la Grecia, dechado, según él, de la historia de Europa; mas por otro lado, parece que los cinco períodos dichos, se deben aplicar al desenvolvimiento total de la humanidad en nuestro continente, en cuyo caso, siendo la Grecia su primer momento histórico, no se comprende cómo en él se consumó la evolución completa del ciclo, que había de recorrer luego el conjunto de todas las naciones de Occidente.

Mas prescindiendo de éste y de otros muchos reparos que pueden y deben ponerse á la concepción histórica de Drapper, para dar muestra de su contenido, me haré cargo, no de las diferentes edades que comprende, lo que, con más propiedad, hubiera podido y debido llamar Drapper civilización cristiana, ni de los caracteres que las distinguen, sino sólo de uno de estos períodos, y claro está que habré de fijarme en la edad que llama de razón, porque es la que debiera ofrecer para nosotros mayor interés y cualidades más determinadas.

Pues bien; el autor prescinde del gran movimiento que se notó en el Occidente cristiano en el siglo XIII, y que dió resultados maravillosos en todas las esferas del conocimiento y de la realidad, y sólo señala, como indicios del próximo advenimiento de la edad de la razón, los descubrimientos geográficos de fines del siglo XV; y la restauración de los estudios de la ciencia y literatura griegas, que se adelantaron á este suceso y á la conquista de Constantinopla por los turcos, pues, algunos años antes de esta catástrofe, trajeron los venecianos al famoso Jorge de Trebisonda para que enseñase la lengua y la literatura de la Grecia á los hijos de los aristócratas que habían extendido, hasta las regiones del Oriente, los dominios de la reina del Adriático.

Estos y otros hechos, trascendentalísimos en el orden moral y religioso, la reforma misma, á que suelen dar tan grande importancia los escritores de la Europa protestante, no la tienen para Drapper, que, influido por las doctrinas positivistas, asigna, como causa determinante de la edad de la razón en Europa, el descubrimiento que ha inmortalizado á Copérnico, y creado el sistema astronómico que llama Drapper heliocéntrico, por contraposición al antiguo, que suponía que el centro del universo era la tierra, por lo cual le denomina geocéntrico.

Sin duda que la Astronomía y las ciencias físico-matemáticas han hecho grandes progresos desde el siglo XVI, en que se estableció como evidente, al menos para el mundo científico, la doctrina heliocéntrica; pero no hay que exagerar las consecuencias de este hecho, ni mucho menos deben sacarse de él deducciones, que esas mismas ciencias combaten. De que la tierra sea uno de los planetas que giran alrededor del sol, no ha de inferirse su inferioridad, y que su posición sea subalterna con respecto al sistema total, y especialmente respecto al sol, que ocupa su centro, y mucho menos podrá afirmarse que el hombre es insignificante y de ningún valor, un mero accidente, comparado con el conjunto general del universo.

Empezando por el exámen de la noción de centro, bien claro se ve que el centro ideal no envuelve un sentido absoluto; el centro lo es, con relación á una figura geométrica, y por tanto, el centro material, en el sistema planetario, no puede tener, ni tiene, más valor que el que en la geometría abstracta se da á la noción de centro; es decir, el centro envuelve el concepto de posición, pero no el de actividad ó fuerza, sea ésta de la especie que fuere; por esta causa, es meramente hipotética la teoría que pone en el sol una de las fuerzas que determinan el movimiento de los astros, la cual, en esa misma hipótesis, no basta á explicarlo, pues, además de la centrípeta, hay que admitir la fuerza centrífuga, que en realidad es la que determina el movimiento de traslación de los planetas, fuerza que no se dice de dónde procede, porque el *impulso inicial*, de que hablan los astrónomos, es una hipótesis que no dudo en calificar de irracional, pues no se dice de dónde proviene; y contra lo que la observación y la experiencia enseñan, se supone que, una vez dado, cesa su acción, que continúa en sus efectos por la ley de la inercia. Resulta, pues, que el movimiento de los astros, así el de traslación como el de rotación, pueden no reconocer por causa determinante la posición central del sol, y que no hay ningún motivo para señalar, como el elemento superior y más perfecto del sistema, á este planeta.

Por el contrario, todo indica que estas circunstancias corresponden, entre todos los cuerpos planetarios, á la tierra, dotada de los dos movimientos de rotación y de traslación, acompañada de un solo satélite, rodeada de atmósfera, y en fin, con aquellas condiciones que son menester para que en ella haya aparecido el reino orgánico y además la humanidad, que es la más alta manifestación de la idea, en contemplación de la cual, todo ha sido creado, como sabemos por la religión, de acuerdo en esto, como en todo, con la verdadera ciencia.

Creo excusado demostrar con pruebas directas las aseveraciones que acabo de asentar, pues son obra de la fantasía, no dirigida por la razón; verdaderos sue-

ños, en fin, aquellos en que se nos pintan los planetas habitados por seres de nuestra especie, y quizá más perfectos que nosotros. Para convencerse de esto, no hay sino considerar que, aun dentro de nuestro planeta, la vida es imposible cuando faltan ciertas condiciones, que no pueden tener los otros cuerpos de nuestro sistema, por su distancia al sol y por otras razones; y tomar en cuenta los demás astros que pueblan el espacio, como teatros de la vida humana, es echarse á nado en el piélago de la inmensidad y atribuir arbitrariamente perfección á lo que sin duda es más abstracto, más indeterminado que el sistema á que pertenece la tierra.

Drapper, dando por objeto á la civilización lo que él llama la organización intelectual, al concluir su obra nos ofrece, como tipo de la organización futura de los pueblos que forman la civilización de Europa, y que se extiende á otros continentes, la que tiene el imperio chino, en el que la gerarquía social se funda en la capacidad y saber de los individuos, atribuyendo la decadencia del antiguo imperio asiático al predominio de las doctrinas de Buda, que informan toda aquella civilización, confiando en que la organización de Europa que consistiera en el predominio científico y en las gerarquías determinadas por el grado de cultura intelectual, será sumamente fecunda y benéfica, porque le sirve de fundamento el cristianismo. Esto, en otra forma, es lo mismo que decía Platon cuando suponía la felicidad de los Estados en que fueran los filósofos reyes, lo cual es un error evidente, pues en la esfera de la vida el mando pertenecerá siempre, como ha pertenecido hasta aquí, no á los que emplean las facultades de su espíritu en la especulación, sino á los que principalmente las dirigen á la acción y al movimiento.

Entre los escritores contemporáneos que se han dedicado á la filosofía de la historia, no conozco ninguno que admita, en términos más claros y absolutos que Bagheot, las doctrinas transformistas, llegando en esta materia hasta el punto de usar el tecnicismo de Darwin y de sus discípulos, y de aplicar á las sociedades humanas las leyes que, según los partidarios del transformismo, presiden al desenvolvimiento del mundo orgánico; la obra que ha publicado con el título de *Leyes científicas del desarrollo de las naciones, en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia*, no tiene verdadera unidad ni es un sistema completo de filosofía de la historia, pues en realidad son cinco tratados, que los ingleses llaman ensayos, relativos á lo que denominan los positivistas *Sociología*; que no siguen un orden determinado por su propio contenido, ni constituyen un todo sistemático, aunque, refiriéndose á un objeto único, tienen entre sí diversas relaciones y puntos de contacto; pero no son más que estudios aislados de varios hechos sociales, en los que campean la erudición

y el ingenio del autor, que posee, sin duda, en alto grado ambas cualidades.

Los cinco ensayos tienen por objeto: el primero, el origen de las naciones; el segundo, la lucha y el progreso; el tercero, la formación de los pueblos; el cuarto, la edad de discusión, y el quinto y último, el progreso realizable en política: de cada uno de ellos procuraré dar sucinta idea, indicando al paso los errores que, en mi sentir, envuelve.

El principio fundamental del tratado del origen de las naciones, y en último término de los otros cuatro, consiste en afirmar que las sociedades, lo mismo que el hombre, son un resultado del desarrollo anterior del organismo; el hombre llega á serlo á consecuencia de la larga serie de modificaciones, que, arrancando de la célula primitiva ó del protoplasma, que constituye las moneras, produce la infinita variedad de los seres orgánicos, que desde la época primordial hasta la terciaria han poblado la tierra; y las sociedades son el resultado de las cualidades adquiridas por los hombres, por virtud del ejercicio de sus órganos, especialmente del sistema nervioso, que se desarrolla en cada individuo por la educación, adquiriendo propiedades que trasmite á sus descendientes por medio de la herencia anatómica y fisiológica. En este punto, Bagheot es tan explícito como puede verse en las siguientes palabras: «Si no se llega á adquirir la noción de un elemento nervioso transmitido por herencia, (y no se adquiere esta noción sin un penoso esfuerzo), dudo que se pueda llegar á comprender el tejido conectivo de la civilización.»

Desde luego se nota aquí el error fundamental de todas las escuelas positivas, que, negando la finalidad, tienen que explicar el carácter sistemático que ofrecen á nuestra contemplación la naturaleza y el espíritu, por medio de suposiciones arbitrarias, y, en muchos casos, absurdas; mas, aparte de esto, el elemento nervioso, que se desarrolla, se perfecciona y se trasmite por herencia, no ofrece espontáneamente estas cualidades, sino en virtud de las funciones que ejerce, las cuales son determinadas por un principio, por algo que es superior y distinto del sistema nervioso; por lo tanto, ese *algo*, ese principio, es lo que debe explicar lo que, no sin impropiedad, llama Bagheot el *tejido conectivo de la civilización*, aplicando arbitrariamente este término de la anatomía, que significa la materia, que une y ata exteriormente los órganos, porque, en la historia, un estado social sucede á otro, no accidentalmente, no de un modo externo, sino por virtud de la ley inmanente que preside el desenvolvimiento humano, ley que determina la sucesión sistemática de las fases distintas de la civilización ó, lo que es lo mismo, los diversos períodos de la historia.

Y no basta para contestar á este reparo decir, como Bagheot, colocándose en una situación completamente escéptica, muy propia de los partidarios del positivis-

mo, que el principio de la herencia es independiente de la doctrina espiritualista y de la materialista, y de la creencia en la fatalidad ó en el libre albedrío, siendo compatible con todas ellas; pues lo que se necesita saber es, si lo que determina el desenvolvimiento humano es el principio nervioso, perfectible y trasmisible por herencia, ó algo superior y distinto, que determina el ejercicio, la perfección y la herencia de este mismo principio.

Después de asentar estas bases, Bagheot las aplica al estudio del origen de las sociedades, de un modo arbitrario; y, siguiendo la autoridad del eminente jurisconsulto Enrique Maine, dice que hay que admitir la existencia de un estado patriarcal, como lo describe la Biblia y como se indica en los cantos homéricos, para que sirva de punto de partida y primer momento á las sociedades humanas. En esto procede Bagheot con prudencia, omitiendo hablar de la transformación de la familia de primates, que llama Haeckel Pitecantropos, en tribu humana, aunque este hecho se debe dar por supuesto en su sistema, porque, si no, aparecería roto el *tejido conectivo*, que debe unir las diferentes partes del mundo orgánico, del cual sólo es una fracción más ó menos importante la especie humana, según las doctrinas transformistas.

El estado patriarcal consiste, como su mismo nombre indica, en la agrupación de los individuos bajo la autoridad de su progenitor, mientras existe; de este modo, aun admitiendo la longevidad de los hombres primitivos, los grupos humanos serían muy pequeños en la época patriarcal, pues sólo constarían del número de personas que se pudieran producir en tres ó cuatro generaciones, que no pasaría de algunos centenares; contando, por supuesto, con la poligamia, institución que, sin embargo, no parece propia del primer momento de las sociedades, sino de aquel en que, entrando en lucha diferentes grupos humanos, el vencedor usa de los vencidos como de una propiedad suya, convirtiendo á los hombres en siervos y á las mujeres en concubinas; situación que es la primera de que se hace cargo la historia que ha llegado hasta nosotros, y la primera de que ha debido quedar memoria, pues ya en ella aparece; aunque en forma rudimentaria, el Estado, y mientras éste no existe, la humanidad no toma conciencia de sí, como ser colectivo y sistemático, no siendo antes posible más que la poesía lírica, por su carácter subjetivo, viniendo después la épica, forma primitiva de la historia.

Resulta, pues, de esto, no obstante la respetable opinión de Maine, que el estado que llama patriarcal no es primitivo, sino que supone otros momentos anteriores de la existencia humana; y por eso, así él como Bagheot, se estrellan contra una quimera cuando hablan de las dificultades que hay para pasar del período patriarcal al segundo estado, ó momento de la

sociedad humana; la verdadera dificultad, mejor dicho, la imposibilidad absoluta de explicar el hecho de la asociación, consiste en prescindir de la idea de humanidad, y en querer buscar su fundamento en la observación empírica, y en la inducción, que no puede menos de ser arbitraria, tratándose de este orden de hechos. Los positivistas modernos de todos matices, discípulos en esto de los nominalistas de la Edad Media, no consiguen llegar á ningún resultado satisfactorio en el orden científico, negando la realidad de las ideas generales, y admitiendo sólo la existencia de los individuos.

Ya he dicho á otro propósito, que, tratándose del hombre, no puede ni aún comprenderse siquiera la existencia del mero individuo, pues, desde el punto en que fué creado, le dió Dios una compañera, lo cual quiere decir, que apareció en la naturaleza con su diferencia sexual y con las consecuencias que de ella necesariamente se deducen. Es imposible, por tanto, hablar del hombre, sin considerarlo en la sociedad; para sacarle de ella y estudiarlo aisladamente, hay que hacerle violencia, convirtiéndole en lo que no es; de aquí nacen todos los errores de las escuelas individualistas, tan graves, tan numerosos, y al par tan funestos, como nos lo demuestran las perturbaciones sociales á que asistimos en los tiempos modernos, hijas todas del racionalismo unilateral, que informa las doctrinas materialistas, y las psicológicas, que usurpan el nombre de espiritualistas, incapaces de alcanzar la noción sintética, la idea en su complejidad y en su realidad fecunda, deteniéndose en lo individual, que es, por su esencia, insustancial y pasajero.

Resulta, pues, que desde el primer momento de su existencia, el hombre aparece en estado social, y desde que se nos muestra en el gran teatro de la historia, ese estado social reviste una organización política, más ó menos perfecta; lo demás que se diga sobre su origen, son hipótesis arbitrarias é irracionales. El estado patriarcal bíblico, lo mismo que el estado heroico de Homero, son, no sólo estados sociales, sino también políticos; ya Abraham estaba casado con una mujer, de familia distinta de la suya, y tenía por esclava á otra, de raza inferior á la de ambos; por lo que se refiere á los guerreros que van al sitio de Troya, ofrecen también los mismos caracteres, y además la existencia independiente, en los grupos humanos que comandaban, de una organización religiosa, que aún no existía en tiempo de Abraham. En ambos tipos de la humanidad histórica, así en el aryanos como en el semítico, vemos, desde los primeros tiempos de su existencia, la organización política; y el poder público, ejercido por el Patriarca ó por el Rey, se transmite por el derecho de primogenitura, sin que pueda ni aún suponerse que antes de que tal derecho existiese, cada familia natural, esto es, cada matrimonio, con su descendencia, formase grupo separado é inde-

pendiente; ni las condiciones territoriales, ni las afectivas de nuestra especie, autorizan esta suposición, no menos arbitraria que la de un primitivo estado de salvajismo individual, que admitieron Vico y Rousseau, pues lo mismo es, en resumen, y tan inexplicable, la existencia aislada de los individuos, que la de las familias. Por otra parte, los éxodos de los pueblos primitivos, han sido siempre colectivos y han tenido lugar, porque el crecimiento de la primitiva tribu hace imposible su existencia, en el terreno en que se ha desarrollado; y entonces sale á buscar otra tierra en que poder vivir, no una familia aislada, sino un grupo de familias, que forma un verdadero estado emigrante, con su jefe y con la organización militar, que es indispensable para vencer los obstáculos de diferente género, que necesariamente ha de encontrar en su camino aquel enjambre humano, que va en busca de una nueva habitación, á la manera de los que cada año salen de la colmena, con su reina ó maestra, sus trabajadoras y sus zánganos; es decir, con su organización colectiva, tan perfecta y tan necesaria, como la disposición anatómica y fisiológica de un solo individuo.

Para que una horda ó tribu se convierta en pueblo, supone Bagheot, que, además de la condición hipotética que señala Maine, y que consiste en que el poder supremo se comunique, siguiendo la regla de la primogenitura, sin que las familias se dividan y se hagan independientes, es menester que el Patriarca, Rey ó caudillo primitivo, someta á sus súbditos á una ley, sea cualquiera, pues, para el escritor inglés, el contenido ó sustancia de la ley importa poco, siendo el objeto de ella, según su dictamen, *domesticar*, ó más propiamente, *domar* al hombre, haciéndole contraer hábitos de obediencia, que pongan coto al desbordamiento de sus pasiones, causa permanente de anarquía y de perturbación en toda sociedad humana.

Como se ve, aquí hay que notar el fondo de ateísmo moral, si vale la frase, del escritor inglés, ateísmo que es al par un error evidente y de hecho, pues toda ley está inspirada, y no puede menos de estarlo, por un ideal, por un principio supremo, que es el *bien*, ó sea la categoría ética, que sirve siempre de criterio á las acciones humanas: podrá suceder, y sucede en efecto, que la idea del *bien* se determine en las costumbres y en las leyes de cada pueblo, de un modo diverso, aunque no arbitrario, porque la manifestación de ésta, como de las demás fases de la idea, obedece á una ley superior, tiene, en una palabra, su finalidad, mal que les pese á los empíricos de todas las épocas y de todos los países, cualquiera que sea el nombre que adopten. Además, y éste es defecto común á todas las escuelas, explicar las sociedades por la ley, es explicar el hecho por el hecho, lo cual puede deslumbrar, cuando la teoría que en esto consiste, se presenta con ingenio; pero, bien examinada, no satisface la inteligencia do-

tada del más leve espíritu crítico; sociedad y ley son dos hechos correlativos como el alma y el cuerpo, y del mismo modo que no se concibe la sociedad sin la ley, no se comprendería una ley abstracta, que no estuviese encarnada en un pueblo; por más que éste sea un error de Bentham y de su escuela, en el cual no han caído, por fortuna, los ingleses en su vida práctica, aunque sí las naciones latinas del continente, que tantas leyes políticas han fraguado *à priori*, sin lograr amoldar á ellas las naciones, cuya felicidad pretendían labrar por ese medio; lo cual prueba, por otra parte y de un modo experimental, que no es cierto que, para crear un pueblo, lo primero que haya que hacer sea someter á los que lo forman á una ley cualquiera, sino que es menester que esa ley salga, por decirlo así, de sus mismas entrañas, que sea la expresion concreta de su espíritu.

De la ley, pasa Bagheot á la explicacion de la organizacion de las oligarquías, generalizando un hecho propio y peculiar de la sociedad romana, en la cual la ley era sólo conocida de los patricios; pero esta generalizacion no me parece legítima, pues en Roma sucedía esto, porque la ley era obra del patriciado, y allí, donde el Rey era su autor, no se explicaría de modo alguno por ese medio la existencia de una aristocracia, la cual representa un elemento necesario de toda la sociedad humana, y legítimo, con la misma legitimidad que la que tiene la democracia; mas aquella supone, no sólo un estado político y social determinado, sino la existencia de la propiedad, cuando ménos familiar, y la de instituciones militares muy adelantadas.

Si fuera cierto que la existencia de un individuo, que por condiciones peculiares tiene la virtud de imponerse á los demas que procuran imitarlo como modelo, fuese tambien, como asegura Bagheot, condicion necesaria para la formacion de los pueblos primitivos, esto sería contrario á la existencia de la aristocracia, y fortalecería el principio monárquico hasta el extremo de convertirlo en absoluto ó, más propiamente, en despótico; entónces habría que abandonar tambien la teoría patriarcal y la metamorfosis de este estado en estado monárquico, por medio de la ley de la primogenitura, pues no había de dar la casualidad de que en cada grupo humano fuera justamente el primogénito del Patriarca; el individuo que reuniera esas cualidades, que se imponen á los demas hombres y les sirven de modelo, si llegaba á ser el jefe del Estado, sería por el procedimiento que lo han sido César y Napoleón, que no venían de raza de reyes.

Pero el principio de la exaltacion de ciertos individuos tiene más completo desarrollo en otros estudios del autor, que se contienen en los libros siguientes; por lo que basta con lo dicho hasta aquí sobre este punto, y sobre los demas, que desenvolveré cuando los examine.

Los cuatro ensayos ó libros, que siguen al que he examinado, y que completan la obra de Bagheot, aunque tienen por objeto cuestiones distintas, son, más bien que otra cosa, ampliaciones de lo que ya se contiene en el primero, aglomerando, como prueba de sus asertos, gran número de hechos, que se presentan con mucha magia de estilo y sostienen la atencion del lector por la variedad de asuntos, aunque rompen el encadenamiento de las ideas. El libro segundo tiene, como he dicho, por epígrafe *La lucha y el progreso*, y trata de explicar estos dos hechos humanos de grandísima importancia, pues son, en realidad, los dos grandes y únicos agentes de la historia.

Aborda, en primer lugar, Bagheot la cuestion del progreso, que aun cuando al parecer debiera ser facilísima de explicar para un evolucionista, tiene el autor la franqueza de confesar que en realidad ofrece gravísimas dificultades; pues, en efecto, si el progreso humano fuera una consecuencia, un caso particular de la evolucion universal, todas las naciones, todos los grupos de hombres debieran alcanzar, en cada momento de su historia, un grado de desenvolvimiento igual ó, por lo ménos, equivalente, y los hechos nos demuestran, con la evidencia que les acompaña, que existen naciones que no han dado un sólo paso adelante en los millares de años que ya comprenden los anales de la historia. Bagheot declara que el progreso es atributo de una pequeña fraccion de nuestra especie, pero que todas ellas han marchado en otras épocas; y que para llegar al punto en que se halla, por ejemplo, el Imperio Chino, ó para alcanzar el grado que alcanzó la civilizacion india, debieron tardarse millares de años, y realizarse, durante ellos, notabilísimos aunque lentos adelantos.

Parecía que, con esto, se pondría el autor en camino de la verdadera solucion de este problema, pero á pesar de su ingenio, ahogado, por decirlo así, en el mar de los hechos, y no elevándose á la idea que los determina, no puede ver, que lo que en realidad pasa, así en las épocas más antiguas, como en los tiempos modernos, es que en cada momento histórico existe una, ó tal vez varias naciones, que realizan una faz de la idea, y que, cumplida esta mision, que es su razon de ser, se paralizan y al cabo perecen, tardando en desaparecer más ó ménos tiempo, segun las condiciones accidentales en que se hallan; porque no hay que olvidar que la humanidad vive en la esfera de la naturaleza, de la cual es propio y peculiar el accidente.

Y esto, que desde luego se comprende, admitiendo la finalidad de la historia, está comprobado por sus anales, y lo demuestran asimismo los hechos que registran los que se dedican á las investigaciones, llamadas prehistóricas, en lo que tienen de verdadero, porque no hay poco de fantástico en este nuevo camino, abierto á la curiosidad humana. En efecto, puede y

debe admitirse, que cuanto ha ocurrido en el mundo, desde que en él ha aparecido el hombre, son antecedentes, necesarios para llegar á la actual civilizaci6n cristiana. Una vez producida la diferencia característica, que constituye la esencia propia de nuestra especie, distinta, no sólo del resto del universo, sino de todos los demás animales, de los que no descendemos, ni como organismo, ni mucho menos como espíritu, los adelantos industriales, los científicos y la perfecci6n de ciertos 6rganos, instrumentos necesarios de la acci6n del espíritu, y, por lo tanto, la formaci6n de las razas 6 tipos humanos, que, sin embargo, no salen ni pueden salir de los límites de lo que se llama en historia natural meras variedades, que jamás llegan á constituir verdaderas especies; todo esto, digo, tiende y ha tendido á producir la civilizaci6n actual de los pueblos aryanos, llamada á difundirse por toda la tierra, que está asimismo destinada á ser patrimonio de esta raza, resultante de todas las anteriores, ya por descendencia, ó ya por fusion y cruzamiento.

Este hecho, que es notorio, pues vemos en todos los continentes establecerse y cundir el hombre europeo con una fuerza y con un éxito que destruye todos los obstáculos, sería inexplicable, si no se admitiera que la civilizaci6n moderna, es decir, la que arranca desde el advenimiento del Cristianismo, es la civilizaci6n definitiva, que no hace ni puede hacer más que desenvolver los gérmenes que encierra aquella religion, que ántes de ahora he llamado la religion absoluta. La teoría del progreso, tal como la entienden ciertas escuelas, es una teoría absurda, y hasta ininteligible y contradictoria; el progreso indefinido sería la mera variaci6n accidental, caprichosa y anárquica de las instituciones sociales; y aunque para salir de esta dificultad se admitiese en el órden general de la vida humana esa fuerza tendencial, que no han podido menos de reconocer los positivistas, que no han cerrado del todo los ojos á la evidencia, es menester que esa tendencia tenga un objeto, un fin, y ese objeto es la idea expresada como absoluto en la religion cristiana, es el Dios único y verdadero; por lo cual todos los ulteriores progresos de la civilizaci6n están en ella comprendidos y predeterminados.

Si de estas consideraciones se prescinde, la humanidad y la historia son inexplicables, no es posible llegar á la verdadera ciencia, y un hombre de tanto saber y de tanto ingenio como Bagheot, tiene que limitarse á meras exposiciones de hechos, y á hipótesis que no bastan á explicarlos. A esta categoría pertenecen las tres pretendidas leyes que formula en los siguientes términos:

1.ª «En cada estado particular del mundo, las naciones más fuertes tienden á sobreponerse á las demás, y en ciertos casos particulares, las más fuertes tienden á ser las mejores.

2.ª «En cada nacion, en particular, el tipo ó tipos

»característicos que en aquel lugar y en aquel tiempo son más atractivos, tienden á predominar, y el carácter más atractivo, salvas ciertas excepciones, es lo que llamamos el mejor carácter.

3.ª «La intensidad de la concurrencia entre las naciones y entre los caracteres, no se aumenta por las fuerzas externas en la mayor parte de las condiciones históricas, pero sí en las que son propias y predominantes en la actualidad en las regiones más cultas de la tierra.»

Casi no hay que hacer más que esta simple y fiel copia de lo que el autor dice, para conocer los errores en que incurre, y, más que los errores, las vacilaciones de su espíritu, que no llega á formular verdaderas leyes, sino inducciones incompletas, sin carácter alguno científico.

Las naciones más fuertes *tienden á sobreponerse á las otras*, dice Bagheot, y ¿por qué no afirma categóricamente que se sobreponen? ¿Por qué, sólo en ciertos casos particulares, las más fuertes *tienden á ser las mejores*? ¿Qué casos particulares son éstos? A ninguna de estas preguntas se da contestaci6n en los ensayos que examino; el tercero se limita á establecer, que las naciones que han logrado someterse á una disciplina severa, sin duda porque ha existido en ellas un carácter ó tipo bastante atractivo y bastante enérgico para que todos le imiten, hasta el punto de convertir el grupo humano que dirigía en la repeticion monótona de una misma unidad, tienen las mayores probabilidades de vencer á las que no han alcanzado esta ventaja; sobre todo, si la ley ó, mejor dicho, la costumbre ó grupo de costumbres, á que se han sometido, no son por casualidad extravagantes ó monstruosas, como en algunos casos sucede.

La costumbre, si bien produce la ventaja de dar unidad y consistencia á los grupos humanos, tiene el inconveniente de tender á inmovilizarlos: así es, que, admitiendo la influencia exclusiva, ó sólo predominante, de la costumbre, el progreso es imposible, y Bagheot halla una confirmaci6n de este punto de vista en multitud de naciones, que, en efecto, han permanecido estacionarias, hasta que ha llegado el momento de su destrucci6n; pero ¿cómo se explica, admitiendo esta hipótesis, que el estado en que se hallan las naciones cuando llegan á inmovilizarse sea tan diverso? Porque hay grupos humanos, que no han salido del período salvaje, otros, han llegado á una organizaci6n patriarcal; el Egipto logró constituirse en monarquía absoluta; los imperios asiáticos fueron estados militares y conquistadores; la China está, desde hace largo tiempo, organizada con gerarquías intelectuales y pedantescas, que no se pueden llamar con propiedad científicas. Segun Bagheot, había que suponer que, en medio de un estado anárquico, cuando cada uno de esos grupos humanos no era más que una aglomeraci6n de individuos, que ni siquiera constituían familia, surgió un

carácter, un tipo, que impuso á los demas todas las costumbres, necesarias para constituir estados como Egipto, como Babilonia y como el Celeste Imperio, imprimiéndolas con tal profundidad, que quedaron, desde luégo, aquellos grupos humanos, petrificados, como si fueran estatuas vaciadas en el molde formado por los hábitos establecidos por el carácter tipo.

Esto, como se ve, es inadmisibile y absurdo, y el mismo Bagheot, que reconoce la necesidad de un gran progreso para llegar desde el hombre prehistórico al salvaje, que hoy todavía existe en algunas regiones, tiene que admitir un progreso todavía mayor, para que las tribus, que aparecen en la penumbra de la historia, llegaran á convertirse en las naciones que ya existieron en la edad antigua.

Pero este progreso es inexplicable para Bagheot, quien, habiendo establecido en su tercer libro que para la formacion de verdaderas naciones es condicion indispensable el predominio absoluto, durante un largo período de tiempo de las costumbres, que inmovilizan los pueblos, sólo en aquellos en que, por una feliz casualidad, pues para los positivistas todo son coincidencias fortuitas y accidentes favorables ó adversos, nace la discusion, que es en su sentir el verdadero y único agente del progreso, puede éste verificarse, si además concurren otras circunstancias. Esta hipótesis forma el contenido del libro cuarto.

El advenimiento del espíritu de discusion es un misterio impenetrable para Bagheot, y yo añado que, dados sus anteriores principios, es un imposible, porque, si el hombre tiene un instinto predominante de imitacion; si adquiere la forma indeleble que le ha impuesto un carácter típico, rechazará siempre cualquier novedad que se le presente, no podrá ni comprender que existan costumbres distintas de las que practica, y por lo tanto la discusion nunca llegará á establecerse. Pero lo que hay es que, como he dicho ántes, ésta y las demas hipótesis de Bagheot son absurdas; el hombre tiene tendencia á la imitacion; mas en su calidad de tal, es reflexivo, y desde que ha aparecido en la tierra ha discutido consigo mismo y con sus semejantes, y se ha determinado á sus actos, previo examen; por más que sus deliberaciones hayan sido y sean con frecuencia ineficaces, para ponerse en camino de la verdad y del bien. Por esto el progreso ha obrado sus efectos en los grupos humanos, mientras no han existido causas que lo han estorbado; y estas causas son instituciones religiosas, políticas ó científicas, que, siendo realizaciones de un ideal, se han creído definitivas, y lo han sido para los pueblos que las han adoptado, y cuya mision ha consistido en crear de aquel modo un término de la serie histórica, una determinacion de la idea, que se resolverá y quedará comprendida en otra superior, que vendrá á realizar otro pueblo.

•Si fuera la discusion el agente único del progreso,

y si la humanidad no lo hubiera poseido, como supone Bagheot, hasta que, formada la nacion helénica, surgió en ella, no se sabe cómo ni por qué, lo natural sería que esta nacion hubiera existido eternamente en vía de constante y no interrumpido progreso; y, sin embargo, vemos, que léjos de suceder así, Grecia brilla un momento en la historia con fulgor vivísimo, deja gérmenes profundos para la humanidad y desaparece. Para explicar este fenómeno, apela Bagheot á una nueva hipótesis, que consiste en decir, que Grecia no estaba bastante petrificada para resistir la lucha interna de la discusion, ó lo que es lo mismo, Grecia estaba, cuando individual y colectivamente predominó en ella la reflexion, más cerca de la barbarie que los imperios asiáticos; esto es absurdo, y sin embargo lo acepta con gran imperturbabilidad el autor, que por otra parte afirma que sólo errores accidentales de los monarcas de aquella region libraron á Grecia de ser dominada y absorbida por aquellos imperios, en cuyo caso, es posible que no hubiese llegado nunca para la humanidad la época de la discusion y del progreso. Esto, como se ve, es un delirio; pero á tales extremos llevan necesariamente las doctrinas positivistas, aunque sea grande el talento y la circunspeccion de quien las profesa.

Para mí, y creo que para todo el que se coloque en un punto de vista elevado y por lo tanto verdadero, el triunfo del Asia sobre la Grecia era tan imposible, como lo es que la piedra lanzada al espacio deje de descender al centro de la tierra; y aunque los helenos, en vez de vencedores, hubieran sido vencidos en Maraton, en Salamina y en Platea, hubieran salido al cabo triunfantes en la lucha, porque tenían de su parte una fuerza superior á todos los ejércitos, la posesion de un término superior en la serie del progreso, un momento más amplio y más verdadero de la idea absoluta.

El quinto libro es un resumen de lo expuesto por el autor en los cuatro anteriores, tratándose en él además, la tesis de la realidad del progreso, y aunque Bagheot no admite la doctrina de Buckle, segun la cual sólo existe el perfeccionamiento humano en la esfera de las ciencias empíricas, dice, que en éstas es donde son indispensables los adelantos, porque son evidentes los resultados de su progreso; pero, segun él, la *ciencia* no es más que un elemento ó faz del progreso, que tambien se realiza en el orden moral, donde la libertad política es su instrumento más eficaz, por no decir único.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

EL REALISMO EN EL ARTE CONTEMPORÁNEO.

IV. *

De la Pintura hemos de pasar á la Poesía para dar fin al exámen que nos hemos propuesto del realismo moderno, como hecho observable en todas las manifestaciones del Arte, con objeto de oponerle luego una exposicion de lo que *debe ser* segun los rectos principios estéticos, por todos admitidos en el fondo, aunque enunciados bajo formas distintas y á veces contradictorias.

La Poesía es sin disputa el arte superior entre los llamados bellos por antonomasia. Débese tal supremacía á su condicion eminentemente comprensiva, que le deja abarcar en su imperio la fenomenalidad humana sin restriccion alguna. Nada se le resiste, en ninguna parte encuentra límites infranqueables su potencia productora, gracias al medio de expresion que le es peculiar, á la palabra, el signo más fiel, más exacto y más flexible del pensamiento que sirve de lazo de union entre el mundo objetivo y el subjetivo, trasportando de éste á aquél todos los elementos dados y posibles, desde la última diferencia á la más amplia generalidad. Y al propio tiempo que ese signo realiza tan cumplidamente su mision, no pierde nunca su carácter de símbolo de la idea, ni se impone á ella, ni la informa de su esencia, ántes al contrario se limita á reproducirla como es. Diferénciase en esto de los medios de que se valen las otras artes, los cuales, no sólo trasladan al orden externo de un modo imperfecto siempre y limitado la imágen creada por el artista, sino que al hacerlo se consustancializan con lo que expresan, confundiendo el medio de exteriorizar y lo exteriorizado. La Escultura, la Pintura y la Música objetivan parcialmente, las dos primeras en el espacio y la última en el tiempo, la concepcion artística. En la Poesía esa objetivacion es total; pero no tiene lugar en el recinto físico, sino en el imaginativo del que lee ó escucha la obra poética. En aquellas, la estatua, el cuadro y la partitura, resultado del enlace de sus múltiples signos respectivos, componen lo significado, la produccion bella. En ésta, las palabras y su conjunto, considerado en sí, no son otra cosa que signos puros. La obra artística es la concrecion imaginaria provocada en el espíritu por las ideas que estos simbolizan.

El pintor, el escultor y el músico, lo mismo que el poeta, aspiran á suscitar en la mente de los demás hombres la imágen viva percibida en su interior. Pero los tres primeros descienden para ello al campo material, y su creacion se fija en él y llega sensibilizada, determinada en una ú otra forma, á la fantasía del que la contempla. El poeta confía su inspiracion á un verbo

impalpable que, llevándola como en alas de ténue mariposa, la conduce desde la region ideal del sujeto al estadio, también ideal, de los demás, y allí la deposita íntegra y pura de todo contacto con la materia, no dejando de su paso á través de ella otro rastro que una serie de notas convencionales, sin valor alguno sustantivo. Así sucede, que la vista del cuadro y de la estatua, la audicion de la pieza de música despiertan en el acto el sentimiento de lo bello. La obra poética necesita ántes ser concebida, y para quien no entiende el idioma en que está escrita, para el que ignora el significado del símbolo, es sólo una arbitraria mezcla de trazados ó de acentos que ni el menor efecto artístico le produce.

Este poder que tiene la Poesía de objetivar totalmente la subjetividad del artista, siquiera sea en un medio también subjetivo respecto de lo sensible, constituye su virtud esencialmente sintética. El mármol modelado por la mano del escultor representa el primer esfuerzo que hace el genio para traducir la belleza ideal con el exclusivo auxilio de la cantidad extensa. En la Pintura, la cantidad intensa, el color, le abre más ancho horizonte, permitiéndole ya reflejar cuanto á sus ojos aparece en el Universo, pero todo inmóvil, sorprendido en un momento preciso de su incesante evolucion.

La Música, al revés, trasmite ese suceder valiéndose del sonido y del intervalo, mas no acierta á engarzar en él la rica particularizacion en que consiste la vida real. Cada una de estas artes refleja la idea generadora con factores más ó menos analíticos de lo creado. La Poesía no prescinde de ninguno, ántes los concierta con otros que ella sólo puede asimilarse, y en ese espacio, que se llama imaginacion, hace surgir un mundo con formas corpóreas; luz, colores, armonías, sucesion, sentimientos, pasiones, todos los fenómenos, en fin, así físicos como espirituales, con que la realidad viviente se engalana. Y por ser síntesis hasta en esto, el mismo signo de que se vale para sus creaciones es á la vez pictórico cuando se mira escrito, y musical cuando se pronuncia.

Por eso la Poesía, siempre que se quiere reunir en una obra varias artes bellas para formar una compuesta, subordina á sí con tanta facilidad las otras, como resistencia opone á subordinarse. Así se observa, por ejemplo, que al arte más complejo de todos, al que reúne la total objetivacion ideal poética con las objetivaciones sensibles particulares de la Pintura, de la Escultura, de la Música y de artes de menor importancia, como la Mímica al arte teatral, se le da de ordinario el nombre de *dramático*, tomándole de la Poesía, que aunque es sólo uno de sus componentes, ejerce indudable predominio, haciendo girar á su alrededor todos los demás.

Y no se aduzca como argumento en contra de lo dicho la composicion musical denominada ópera. Para

* Véase el número 49, pág. 425.

que la música prevalezca sobre la letra en la representación, preciso es, en primer lugar, que la entonación de las frases líricas y los acordes de la orquesta hagan casi imperceptibles las frases literarias del libro, no dejando llegar al auditorio sino alguna que otra palabra é indefiniendo el conjunto, es decir haciéndole musical. Preciso es, además, que ese libro carezca de novedad ó de verdadera importancia artística. De lo contrario, el espectador no podría ménos de seguir con especial interes la acción que á su vista se desenvolviese, pasando la música, por admirable que fuera, á la categoría de accidente del espectáculo.

Desarrollándose la Poesía en tan amplia esfera, pudiendo expresarlo todo de todas las maneras imaginables, se alcanza sin esfuerzo que las dos tendencias que se han disputado siempre el reino del arte, la que busca la imitación severa de la realidad y la enamorada de lo puramente fantástico, han de haberla escogido como campo predilecto de sus combates. Idealistas de ayer y realistas de hoy, en ella han perpetrado, sin duda, las demasías de mayor bulto.

Ni el lirismo puro, ni la epopeya, son vestiduras que usa con frecuencia la Musa contemporánea, poco afecta de una parte á enterar al público de sus personalísimos sentimientos, é incapacitada de otra para inspirarse en los grandes ideales que arrebatan á un pueblo entero en periodos dados, por la sencilla razón de que hoy no aparece ideal alguno ante su vista como impulso colectivo que mueva y arrastre los ánimos de todos con fuerza incontrastable. ¿Qué nos importa lo que por su propia cuenta cree y piensa un poeta cualquiera, ni cómo hemos de dedicar mucho tiempo al generoso entretenimiento de llorar ó sonreír con él cuando la atmósfera que nos rodea se halla cubierta de tan temerosas nubes, nuncio seguro de tormentas próximas á estallar? ¿A nombre de qué y de quién ha de sonar la trompa épica en nuestras fraccionadas sociedades, en las cuales cada individuo busca dentro de sí el arrojo indispensable para grandes ó pequeñas empresas, porque, enseñado á dudar por sistema, apenas siente plena fe en otra cosa que en su misma individualidad? Lo que tiene que hacer la Poesía es seguir paralelamente á la ciencia el camino de la investigación en demanda de algo práctico, con tanto más motivo cuanto que, según parece, hemos convenido en que expresar lo bello, sin otro fin ulterior, no es ocupación de bastante monta para un hombre serio.

Estudiar el mundo en que vivimos, proponer la solución de los graves problemas que nos abruman, encarnar en los hechos, uno tras otro, los heterogéneos dogmatismos subjetivos que aparecen en nuestro horizonte, y desaparecen en seguida como los colores del arco iris, exponer las pasiones y los pensamientos humanos, tal como actúan en la exterioridad, para aquilatar su alcance y aprender á dirigirlos, aventurar

conjeturas sobre lo que mañana, cuando se armonicen las oposiciones que nos trabajan, podrá llamarse la idea de nuestro siglo, hacer, en suma, á retazos y con carácter individual la epopeya que no nos es posible formular de otro modo; esto es lo que se exige al poeta, y esto lo que realiza mediante el género titulado épico-lírico, cuyas expresiones más importantes son el drama y la novela.

Digan lo que quieran los preceptistas, idénticas cualidades esenciales determinan uno y otra, si bien en su factura difieren notablemente. La novela es un drama que tiene por escenario la imaginación del lector. El drama es una novela dispuesta para desarrollarse como acción real con ayuda de otras artes bellas. Compónense ambos de referencias de sucesos, pinturas de localidades y diálogos, en que los interlocutores indican sus afectos y pasiones. Que en la novela predominen los dos primeros elementos más que en el drama, en donde se reducen á una serie de acciones para el actor y de advertencias sobre el decorado de la escena, amén de tal cual relación puesta en labios de los personajes, en nada desvirtúa la identidad fundamental que entre los dos géneros existe; bien al contrario, obedece aquella circunstancia únicamente al distinto modo como se dan al público, y á que por ello el autor de novelas no cuenta como el poeta dramático con otros artistas dedicados á completar y desenvolver sus brevísimas observaciones. En definitiva, lo mismo el drama que la novela son obras poéticas en que lo lírico se enlaza y confunde con lo épico, para desarrollar una acción total, reflejo de la vida. Por eso no hay drama que no llegue á convertirse en novela, desliendo hábilmente su contenido, ni novela que, condensándole, no pueda ser drama.

V.

Fijándonos ahora en los géneros particulares en que esta clase de obras se divide, no necesitamos detenernos á demostrar que no son las producciones de carácter histórico sino las de costumbres, las que se acomodan mejor á las tendencias de la época presente. Sobre comprobarlo la experiencia de cada día, lo justifican de sobra las consideraciones que acabamos de hacer, para explicar el predicamento de que gozan el drama y la novela; pues dado que éstos tengan algún fin trascendental fuera del estético, según se desea por la generalidad de las gentes, no es sin duda, volviendo la vista atrás, como nuestro siglo piensa ver dicho fin realizado. Puede que acierte en parte, y en parte se equivoque; mas de todas maneras así lo cree, y el género histórico no le ofrece un interés tan palpitante como el contemporáneo.

Suelen, sin embargo, el teatro y el libro resucitar episodios de pasados tiempos, y principalmente aquellos que encierran algún alto sentido político ó so-

cial. Cuando obras semejantes son, como sucede con frecuencia, los primeros ensayos de poetas inexpertos, que apasionados de un tipo por lo que de él leyeron en cualquier reducido compendio, pretenden sin más consejo renovar su memoria, ni merecen el nombre de históricas, ni aunque rebose inspiración viven más de un día para el público, el cual, y esta vez con fundado motivo, no puede tolerar su cándido anacronismo. Cuando, por el contrario, se deben á alguno de los pocos elevados genios que hoy nos quedan, aparecen como destellos luminosos, á cuyo resplandor vemos surgir las grandezas del pasado, impregnadas del encanto inefable que les presta la fantasía del artista, y á veces logran, ¡oh maravilla! no obstante su lucha con las corrientes de la moda, fijar por un momento la atención de la multitud y recoger aplausos casi tributados á la fuerza; mas no se libran de ir en seguida á descansar pacíficamente en el panteón del olvido, á fuer de momias galvanizadas por un supremo esfuerzo. Por último, cuando las tales producciones históricas están cortadas por el patrón realista moderno, ofrecen los mismos caracteres que hemos notado al tratar de la Pintura en los cuadros de esta índole, con la circunstancia de que aquí es más fácil y expedito hacer alarde de empalagosa erudición, al propio tiempo que el socorrido recurso de las digresiones permite dar al espíritu crítico un ensanche ilimitado.

Y no decimos más acerca de estas obras, porque para determinar genuinamente el realismo literario, á mano tenemos para nuestra ventura el drama y la novela de costumbres. A fe que en ellos no hay más que pedir. Buena prueba de su maestría en la materia, es la inmensa popularidad de que gozan. En la nación vecina, sobre todo, no cabe duda de que se ha llegado á la verdadera perfección, pues libros hay de este género de que se han hecho cuarenta ediciones consecutivas y composiciones teatrales, representadas durante quinientas noches sin interrupción. Nosotros, los españoles, todavía necesitamos andar bastante para colocarnos á tanta altura; pero en honor de la verdad, no perdemos el tiempo, y mal que pese á unos cuantos ilusos, obstinados en conservarse libres de este que llaman desdichado contagio, si la suerte nos ayuda y el ánimo no nos falta llegaremos quizá muy pronto al término de la jornada.

Porque el *quid divinum* del arte realista (si algo divino, siquiera sea en el nombre; cabe en tan humano linaje de inspiración) no es como otros, que, fuera del alcance de las muchedumbres, sólo para poquísimos escogidos llegan á hacerse asequibles por completo. El realismo, nivelador por naturaleza, odia los privilegios y no niega nunca sus favores á quien, con mediano ingenio nada más, se empeña en alcanzarlos. Con estudio, con laboriosidad con detenida observación, á nadie será imposible hacer un drama ó

una novela á la francesa, aunque carezca en absoluto de eso que denominan genio poético, ántes tan precognizado, y hoy, si no suprimido por inútil, reducido al menos á desempeñar funciones secundarias. La fábula ha de estar calcada estrictamente sobre el ejemplar del mundo exterior, si no en el fondo (pues como veremos muy en breve hay realistas que se permiten singulares libertades), en la apariencia, en los pasajeros accidentes que saltan á la vista; y esto con minuciosidad tan exquisita, que los sucesos que la compongan parezcan como un espejismo de lo que estamos viendo todos los días. Los personajes que tomen parte en la acción, fotografía también de personajes vivos, tienen que hablar como hablan sus modelos, y como ellos moverse y gesticular. No hay frase ociosa, giro familiar, exclamación acostumbrada, mohín insignificante que pueda omitirse. ¿Quién dice omitir, si precisamente esas pequeñeces, de que ántes se prescindía, son las que ahora sirven para delinear mejor los tipos? ¿Qué verdad, qué interés puede haber en una obra, verbi gracia, donde los criados no usan el mismísimo lenguaje que se escucha en las cocinas, ni los artesanos el del taller, ni las mujeres del pueblo el de la plazuela, y donde las personas de buen tono no se acuerdan de ofrecerse la casa al despedirse si se ven por la vez primera, ó de encargarse mutuamente recuerdos para la familia si son antiguos conocidos? Pues respecto á descripciones de lugares, tampoco puede olvidarse el montón de hojas secas, la teja rota, el bache del camino, ni ninguna otra análoga fruslería, aunque maldito lo que importen para el conjunto.

Las pasiones humanas se han de analizar con mayor esmero cuanto más bajas y mezquinas sean, complaciéndose en exhibir esta disección ante el público con el impudor con que se expone un cadáver sobre la mesa del anfiteatro. Si alguno de los héroes cae enfermo, no ha de faltar su curso de Patología; si tiene pleitos, preciso será un tratado de Derecho; si se vuelve loco, su locura merecerá un estudio digno del director de cualquier manicomio; si le da por embriagarse para olvidar sus penas, no se le permitirán menos traspies que los de un borracho vulgar; y si aburrido decide morirse, ha de estar agonizando el tiempo necesario para lucir toda la pintoresca colección de hipos, contracciones, estertores y otros amenos prodigios, fruto de la más concienzuda observación clínica que en los hospitales pueda hacerse.

Esta es la entonación general del drama y de la novela realistas. En ajustarse á ella en principio convienen todos los cultivadores del género; mas no dejan de diferir respecto de lo que debe haber detrás de tamaña vestimenta. Unos, á quienes podemos llamar *realistas puros*, consecuentes con la razón capital del procedimiento, quieren un fondo adecuado á la forma. La inverosimilitud es su eterna pesadilla, y como ob-

servan que en la vida comun las pasiones heróicas, los caracteres sublimes, los tipos acentuados, ya en el sentido del bien, ya en el del mal, los sucesos importantes y los conmovedores espectáculos abundan tan poco, que constituyen verdaderas excepciones, encierran en lo vulgar con escrupuloso empeño, sin admitir nada que tenga asomos de extraordinario, y contentándose con rastrear humildemente sobre la haz de la tierra. Son sus obras mezquinas relaciones de hechos menudos llevados á cabo por raquícas figuras en el seno de una sociedad pigmea. Fáltales intereses, fáltales belleza y les falta también realidad, aunque otra cosa crean, porque al reproducir sólo lo pequeño con sistemática porfía, niegan estúpidamente la posibilidad de lo grande.

Otros, penetrados de que por el camino que siguen los anteriores no se llega á parte alguna, é imbuidos de una especie de realismo idealista, buscan, por el contrario, recursos y situaciones de efecto que impresionen los ánimos vivamente. Pero temerosos de caer en pecado de herejía para con los suyos, si se propasan á escarcear por los campos de la imaginación, emplean ésta, á veces sin dárse cuenta de ello, no ya en idealizar el Universo embelleciéndole, sino en afearle cuanto les es dable. Adonde se destaca una desarmonía, adonde prevalece el desorden, adonde el vicio ó el mal asoman la cabeza, adonde se muestra al descubierto alguna cancerosa llaga, allí acuden solícitos, y allí aplican, á modo de microscopio, su fantasía para pintar luego aquella monstruosidad con las enormes proporciones que á su vista afecta. Verdaderos idealistas de lo deforme dan vida á repulsivos engendros que oprimen el espíritu en lugar de elevarle, y que inspiran profundísima repugnancia. El ideal que persiguen, es un ideal opuesto al del arte. En su afán realista quieren serlo más que la realidad misma, y la despojan de todo átomo de belleza natural para que ningun descontentadizo les acuse de haberla poetizado. ¡Extraños adoradores que se deleitan en mutilar su propio ídolo!

Por último, otra tendencia, matiz distinto de la que antecede, pudiera llevar el nombre de idealismo realista. Inspirada en el apetito desordenado de la originalidad, á la par que en el propósito utilitario que hoy se quiere dar á toda creación bella, aspira á presentar como verdad una idea ó una teoría absurdas, y á fin de lograrlo, las envuelve en una acción cuidadosamente forjada con datos extraídos del mundo real. De este modo, merced á una habilidad que no puede desconocerse, se ha conseguido ofrecer, palpitantes de realismo y desnudas, por tanto, del menor aliño imaginativo, obras cuyo pensamiento es sustancialmente falso. Las mayores aberraciones en materia de moralidad ó de organización social, han aparecido así, con relieve tan rudo y terrenal, que casi se nos ha antojado ceguedad no darles carta de existencia positiva

entre nosotros. Que á tanto alcanza el ingenio aún en medio de sus más lamentables extravíos.

Muchos libros modernos pudiéramos nombrar como ejemplo de cada una de las tres direcciones antedichas, y quizá también no pocos en que las tres se hallan combinadas en cierta medida. No mencionaremos ninguno, sin embargo, siguiendo la conducta observada al tratar de las otras artes bellas. La razón es obvia. Sobre no juzgar necesarias semejantes citas, creemos que quizá perdería con ellas el presente estudio algo del sentido general en que debe entenderse. No hemos analizado un género artístico, que en medio de otros diversos, tenga su propia y peculiar representación en nuestro siglo. Hemos acusado un contagio que á todos los géneros y á todas las artes alcanza en mayor ó menor grado. ¿A qué descender á aplicaciones individuales, si existe por do quiera como ambiente malsano que vaga por la atmósfera? Si en cualquier producción que se contemple se perciben sus efectos y se advierten huellas de su paso, aquí ligeras, allá más definidas, ¿para qué empeñarse en localizarle en un punto dado?

Examinada, pues, y más prolijamente quizá de lo que á nuestro propósito conviniera, la influencia que el realismo ejerce en el arte moderno, réstanos ahora discurrir algo sobre la legitimidad de esa influencia, así como sobre las causas que han podido motivarla, y preguntarnos de paso si debe ser el Arte, según pretenden algunos, la reflexión precisa de la verdad, si al revés consiste en un proceso puramente fantástico y convencional, ó si es de condición más compleja y de más armónico sentido.

Tales son las cuestiones á cuyo estudio hemos de consagrarnos. En el análisis que de ellas hagamos, procuraremos reducirnos á decir lo absolutamente indispensable para la inteligencia del punto especial que nos ocupa. Impropia del tono de este escrito, del fin que se propone y de su carencia de pretensiones científicas, es una exposición razonada y severa. No escribimos un libro de Estética. Limitámonos á conversar un rato sobre Arte con nuestros lectores, y en entretenimiento tan agradable para nosotros, usar estilo dogmático sería una inoportunidad del peor gusto. Gracias que hablando lisa y llanamente, sin pretender mayor mérito que el de presentarles con claridad algunas ideas de capital importancia, según las concebimos, y sin otro intento que ponerles de manifiesto la falsedad de ciertas vulgarísimas afirmaciones, consigamos no vernos privados á lo mejor, por enojosos, de su solicitada y envidiable compañía.

EMILIO NIETO.

¿ES POSIBLE LA REPÚBLICA EN FRANCIA?

Tan grande parece á muchas personas la probabilidad del establecimiento de una república definitiva y duradera en Francia, que las pruebas en su apoyo casi parecen superfluas, inclinándose más los ánimos á juzgar la importancia del suceso, que á examinar si éste llegará á realizarse. Dícesenos que se ha verificado en el pueblo frances un importante cambio; que casi todos los franceses van á demostrar una moderacion que hasta ahora ha sido muy rara, si no desconocida, en la historia. Mientras que los partidarios de la monarquía, añaden, sólo salieron de su retirada para demostrar su debilidad, la idea republicana adelanta en todos sentidos. La inmóvil clase campesina, suponen que se ha reconciliado, por fin, francamente con la república, y el movimiento lo dirigirá un hombre de Estado en quien se reúnen tan felizmente el genio, la habilidad, el valor, la temeridad y la circunspeccion, que el éxito debe parecer seguro.

Desagrada siempre enfriar un entusiasmo que, aunque inocente, de seguro es laudable y que responde á las aspiraciones de todos los espíritus liberales. Sólo la idea de una Francia nueva, donde el orden y la libertad hayan echado raíces, y que cierre definitivamente las puertas á las violencias y á los desastres de las revoluciones, hace estremecer de esperanza y de alegría á todos los amigos del progreso; pero si esta esperanza debiera ser ilusoria, la alegría convertiríase en amargura y el desengaño sería cruel. Corresponde, pues, á los que tienen algun imperio sobre si mismos examinar con especial atencion si las cosas son lo que se dice. La experiencia nos enseña que los periodos de locas presunciones son á menudo seguidos de otros de necio abatimiento que se cuentan entre los más sombríos de la historia. Los mismos en quienes la confianza en el porvenir es tan viva, que califican de traicion la menor duda y cualquiera reflexion de impertinencia, son tambien los primeros en entregarse al desaliento, en no esperar nada, despues de haber aguardado demasiado; en no creer en la aurora, despues que se ha ocultado el sol.

Convencidísimo de que se corre ciegamente tras del peligro que señalo, voy á exponer algunas consideraciones que me obligan á dudar del próximo advenimiento de una república francesa estable y duradera. Es probable, aunque no seguro, que se hará pronto una tentativa en este sentido, pero no creo que tenga éxito. El pasado y el presente abundan en hechos que confirman mi manera de ver.

De tres clases son los obstáculos que se oponen al establecimiento de una república sólida, y los clasificaremos del siguiente modo, por orden ascendente: dificultades políticas, dificultades morales y dificultades sociales. Por dificultades políticas entiendo las que nacen de la distribucion y de la composicion de los partidos en Francia. Una parte de su gravedad nace de las circunstancias. La inteligencia y la energía de un hombre de Estado pueden dominar hasta cierto punto estas circunstancias y modificarlas. El obstáculo, por grande que sea, no es insuperable.

Las dificultades morales son más graves porque se relacionan con el temperamento nacional que escapa á la accion del hombre de Estado, y sólo cambia á la larga.

Las peores de todas son las dificultades sociales, estrechamente unidas á las morales, multiplicadas y sobrecitadas por el desencadenamiento de las pasiones, desde que una serie de lamentables incidentes ha enardecido las antipatías de clase á clase. No debo omitir tampoco una última consideracion general, cual es que la transformacion de un antiguo Estado despótico en república libre es empresa de que la historia todavía no presenta ejemplo feliz, y cuyo mal éxito está explicado por las leyes que rigen las sociedades humanas.

I.

Las dificultades políticas dimanar de la composicion heterogénea del partido republicano. Si este partido llegara al poder, no se comprende cómo podría conservarlo. El mal no aparece en este momento, á causa de la prudencia que le impone su actitud de partido de oposicion; pero aparecerá el dia en que se trate de repartir los cargos públicos y la autoridad. La division es extrema en el campo liberal, desde el republicanismó conservador de M. Thiers y de M. Dufaure, hasta el radicalismo que pide una liquidacion social. Hay un abismo entre las opiniones y los deseos de los apasionados radicales de Paris y de las grandes ciudades, y las opiniones y los deseos de la poblacion rural, francamente unida en la medida de sus luces á la forma republicana, pero esencialmente prudente y tímida. En este punto un publicista inglés puede aceptar sin reparo la opinion de los señores Barodet y Gambetta. Resistiendo á la presion que sobre él pretendian ejercer algunos de sus electores para que iniciase en la Asamblea una política más enérgica, monsieur Barodet declaró, que si sus amigos le impulsaban en esta vía, serían inmediatamente abandonados por los republicanos ménos avanzados de los campos, y M. Gambetta se expresó todavía

con más energía en este sentido en un discurso pronunciado ante la Union republicana. Pero como la actividad y la energía de la población urbana es infinitamente mayor que la de la población rural, es pura quimera pensar en suprimir ó en neutralizar el radicalismo exagerado de las ciudades, y en particular de Paris. El elemento municipalista ha sido cruelmente atacado en estos últimos años, y por ello está hoy más furioso y violento. No se conoce la política que pudiera satisfacer igualmente de una parte á los ricos fabricantes de Lyon, Roubaix, Marsella, Lila y Paris, y de otra á sus trabajadores, más ó menos socialistas, que les miran como á otros tantos ladrones enriquecidos con el trabajo del pobre.

Bajo el punto de vista de las formas exteriores de gobierno, Francia se encuentra en una situación que ha llegado á ser para ella una enfermedad crónica. No tiene Constitución. Si la futura república hace una, como no puede ménos, será el décimosexto Código fundamental de que Francia se verá dotada desde 1789. Los franceses aceptan de buen grado su sistema judicial y administrativo, y hasta se vanaglorian de él. Los ignorantes creen que son conquistas de la gran revolución; pero las personas instruidas saben hasta qué punto se los deben á la antigua monarquía; en suma, á todos parece bien la justicia civil y criminal, y las formas de la burocracia.

En la esfera de la política, propiamente dicha, sucede todo lo contrario, pues no existe acuerdo en la actualidad ni esperanza ó, al ménos, es muy escasa, de que exista en lo porvenir. Los franceses no están conformes todavía acerca de los principios que deben servir de base al gobierno de la nación. Tan pronto como llega al poder un nuevo partido se cree obligado á fabricar una nueva Constitución. Este será el primer trabajo de la futura república.

Y no faltarán expertos redactores. Sieyes ha dejado sucesores que trazarán en cuatro plumadas una Constitución para el momento dado, Constitución que será una obra maestra de lucidez y de lógica, y que nada dejará que desear, al ménos sobre el papel. En cuanto á las condiciones de vitalidad, inútil es emitir opinion; pero desde luego se ve que estará amenazada en su duración por dos peligros: uno la cuestión de la Cámara única ó de las dos Cámaras, y otro la cuestión de poderes, atribuciones y modo de elección del magistrado supremo ó presidente.

La cuestión de la Cámara única ó de las dos Cámaras pondrá de manifiesto las profundas diferencias que existen en el partido republicano, entre los conservadores que siguen á M. Thiers y

M. Dufaure, y los radicales afectos á M. Gambetta, y aún á jefes más avanzados. Recuérdese que, en el momento de su caída, preparaba monsieur Thiers el proyecto de ley para la creación de la segunda Cámara, y la emoción que este proyecto produjo en los partidarios de la extrema izquierda, quienes señalaron al odio público á M. Thiers y sus intenciones reaccionarias. Si M. Thiers lograba organizar su Senado retrógrado, la Cámara baja y liberal estaría constantemente en jaque mate. Para sacudir este yugo necesitaríase nada ménos que una revolución, abandonando las vías legales, tan hábilmente seguidas por los muñidores republicanos. No ocurrió el conflicto, porque M. Thiers fué barrido con sus medidas por el voto brutal del 24 de Mayo; pero la dificultad reaparecerá inmediatamente que los republicanos tengan el campo libre. La necesidad de luchar contra el enemigo común, contra los monárquicos, mantiene entre ellos una apariencia de concordia, que continuará hasta la derrota del adversario. Lograda ésta, se presentarán las dificultades en toda su gravedad.

Y esta cuestión de las Cámaras es secundaria si se la compara con la gran cuestión de la presidencia. Los profetas optimistas nos afirman que la república es el único régimen que puede dar la paz á Francia, y al parecer creen que, una vez proclamada la república, todo caminará tranquilamente, y los presidentes franceses tomarán posesión ó dejarán su cargo con la majestuosa calma de los lóres corregidores de Lóndres.

Esta es una ilusión singular que proviene de ignorancia ó de ligereza. Para un pueblo preparado de antaño, moderado por temperamento, imbuido en las mismas opiniones, habituado al *self government*, es la presidencia una de las más excelentes formas que existen. Aun así tiene graves defectos que no ignoran sus más fervientes admiradores. Hasta en América, las elecciones presidenciales han sido causa de una horrible guerra civil; y si la cosa sólo se ha visto una vez, es gracias al vigoroso buen sentido de un pueblo que empleó nada ménos que seis años en discutir y aprobar su Constitución. Tan celosos del bien público eran los ciudadanos, que un gran jefe de partido como Jefferson obligó á su competidor Washington á dejarse reelegir á fin de consolidar el Estado naciente. Pueblos de un temperamento político ménos robusto no soportarían tales pruebas. En un país donde el *self government* local se extiende hasta las extremidades del cuerpo político, las funciones del primer magistrado, aunque muy importantes, no constituyen un resorte único en su género, como en un Estado de gran centralización donde el Poder ejecutivo ha te-

nido la dirección política durante muchos siglos.

Francia se encuentra en los antípodas de América, y puede defenderse *à priori* que el sistema que tiene éxito en uno de los dos pueblos, debe producir malos resultados en el otro. Las diferencias políticas nada significan comparadas con las diferencias sociales. En América la opinión es profundamente homogénea: no hay allí rivalidades hereditarias de una clase á otra. Los antagonismos religiosos se neutralizan por su misma multiplicidad. En Francia las condiciones son precisamente contrarias. Las animosidades entre clases son feroces; las diferencias de opinión absolutas, y el fanatismo católico tiene por contrapeso el fanatismo de los libre-pensadores. ¡Y en una sociedad de tal suerte organizada se proponen elegir un primer magistrado, con poderes muy extensos; y no sólo elegirle, sino reemplazarle periódicamente! La gran escasez de presidentes; la transición de un titular á otro, tan laboriosa en las circunstancias más favorables, sería aquí cien veces más crítica. El amor al poder y á los empleos, inherente á todos los hombres, es la manía de los franceses. Disputáanse con encarnizamiento el menor cargo que confiere alguna autoridad; y si el más elevado de la nación se entrega á la ambición de competidores, la vivacidad de la lucha trastornaría la sociedad, y esto equivaldría á organizar la revolución permanente.

Entre las diversas formas de gobierno presidencial, ¿cuál es la que los franceses preferirían? Su presidente ¿se parecerá al de los Estados-Unidos, ó será, como el de la Confederación suiza, el decano de un comité?

Considerando los precedentes, es imposible admitir que el pueblo francés se contente con un fantasma de autoridad como el que tienen los suizos. Nada cansa tanto la paciencia de los franceses como un personaje que reina y no gobierna. El gusto nacional pide lo contrario; ama y admira un jefe que haga pesar su brazo sobre ellos, que haga sentir su presencia en todo tiempo y lugar. Todas las probabilidades indican que los franceses se decidirán, ó por un presidente elegido por el pueblo, con un mandato paralelo al de la Asamblea, ó por un presidente elegido por la Cámara. El primer método tiene muchas ventajas, á pesar del triste precedente de la elección de Luis Napoleón. Da al primer magistrado una dignidad y un prestigio casi indispensables en una población como la francesa, tan habituada á ver á sus gobernantes desempeñar un papel importantísimo; lo cual es grandemente perjudicial si el prestigio sirve para hacer mal uso, y si el manto del presidente cubre un tirano. Supongamos las circunstancias más favorables, que el

cargo esté desempeñado por un hombre sin ambición y con carácter, ¿cuál será su posición? Hombre moderado, elegido por los sufragios unidos de campesinos y ciudadanos, pronto será objeto de los más vivos ataques de ambos partidos extremos, viéndose obligado á decidirse ó reducido á la insignificancia de rey constitucional de paso, resguardado detrás de sus ministros. En el último caso pronto se vería vergonzosamente desprestigiado por no estar á la altura de sus funciones, ó se convertiría en juguete de la facción dominante, que le armaría de pies á cabeza para un gobierno de combate, sea contra los radicales ó contra los conservadores. Poco importaría que la mayoría de la Cámara estuviese en pro ó en contra suya. En todo caso tendría en contra de sí una fracción numerosa del pueblo que necesitaría amordazar. Como jefe del poder no escaparía á la crítica sistemática de que siempre es víctima en Francia quien ocupa este puesto. A menos de obligar al silencio á la prensa de oposición se vería acribillado de epigramas y de dicitos. Pronto tendría que combatir por su cargo y por su seguridad, y no faltarían interesados consejeros que le predicasen la energía. Si era hombre virtuoso, abandonaría el cargo á otro de menos escrúpulos, que se mantendría en acecho ó precipitaría á Francia en una nueva revolución, á pretexto de salvar al país de sí mismo.

Si el presidente fuese elegido por la Cámara, los hechos que ocurren á nuestra vista demuestran que no tendría ni siquiera la estabilidad de un primer ministro de Inglaterra. No sólo sería objeto de una oposición franca, sino de una oposición artera, que procuraría vilipendiar tanto el cargo como la persona que lo ejerciese. En este caso, más que en el anterior, el presidente se vería obligado á enseñar los dientes y morder. Sería preciso encontrar un hombre de rara virtud para que no usase y acaso abusase de la inmensa fuerza que la centralización del Gobierno pone en manos del Poder ejecutivo, y se necesitaría, no sólo un hombre de rara virtud, sino de extraordinaria fuerza de carácter para resistir á la presión que le harían sufrir los consejeros interesados. Para salvar á la república del naufragio debería ser compendio de las más elevadas cualidades de talento y de corazón, y encontrar después sucesores del mismo temple. ¿Es fácil que esto suceda?

La piedra de choque contra la cual se estrellan en Francia todos los gobiernos, consiste en que se acumulan á las cuestiones políticas las sociales, y la república se ve comprometida por ser la forma de gobierno más directamente llamada á resolverlas. El mal no sería en Francia mayor que en otro pueblo, si estuviese provista de un régi-

men político permanente; pero, léjos de ser así, consume sus fuerzas primero en inventar, y despues en construir desde los cimientos toda la máquina política. Sólo los problemas políticos darían largo trabajo á una Asamblea de Solones, y esta es la menor parte de la empresa. La enorme cuestion del capital y del trabajo, la de la religion y la educacion, se imponen á un pueblo que carece de tribuna donde pueda discutir las con provecho. Un andamiaje político tan mal trabado que amenaza á cada instante romperse, tendrá que soportar el peso de las gravísimas cuestiones sociales que harían vacilar las construcciones más sólidas. Hay en este punto un escollo, donde la república está siempre amenazada de quebrarse, y que el despotismo evita casi completamente. El despotismo suprime las cuestiones sociales, las arroja en la sombra, y se vanagloria de dar la paz. La república no conoce estos atajos; desea abordar las cuestiones sociales, y, para conseguirlo, busca y procura en primer lugar dotarse de un régimen político duradero. Mientras trabaja con este objeto, el populacho grita y pide que se haga algo por el pueblo. Este era el apóstrofe de Marat á la Constitucion de 1789, y de Proudhon á la de 1848; y estas ruidosas reclamaciones se reproducirán siempre que se haga un nuevo esfuerzo para fundar una república. Francia se ha descuidado; no ha hecho nada para prevenir las dificultades cotidianas, y encuentra hoy en sus manos las cuestiones políticas y sociales, situacion especialísima entre las naciones civilizadas, que apenas comparte con España, donde la cuestion social es rechazada al último término. En Rusia y Prusia, el principio monárquico tiene una solidez probada, y el despotismo ha podido realizar en ambas naciones reformas sociales: en una la emancipacion de los siervos; en otra la trasformacion de la propiedad territorial. En Bélgica, Holanda, Italia, Suecia é Inglaterra, el régimen parlamentario que algunos ingleses, indignos de sus derechos hereditarios, se complacen en denigrar, previene, al ménos, las revoluciones y compensa con la seguridad la lentitud de sus procedimientos. Únicamente en Francia no hay tribuna donde puedan solamente discutirse las cuestiones sociales. Dícese que si Francia se ve expuesta á tantos trastornos, es por lo avanzada que está en la carrera revolucionaria. Mala razon. El adelanto consiste en que no puede tocar á los citados terribles problemas sin exponerse á un desastre, en que se ve reducida á emplear el fusil y la bayoneta como las más sencillas armas de la policia.

Una república estará siempre entre dos fuegos. Atacada de frente por los enemigos declarados poco escrupulosos en la eleccion de las armas,

será minada y batida en brecha por los descontentos que gritarán traicion, y que, exasperados por el espíritu de partido, se unirán al enemigo comun para derribarle.

Preténdese que este último peligro ha disminuido mucho si no ha desaparecido por completo, gracias á la diplomacia de M. Gambetta que ha introducido en la política francesa nuevos hábitos de paciencia y de moderacion. No pongo en duda la sabiduría de M. Gambetta, pero sí dudo mucho del buen éxito final de su política. Sería seguramente muy provechosa á Francia la coalicion de los partidos republicanos, pero no es resultado infalible de la coalicion de los jefes. O estoy mal informado, ó los jefes de la izquierda se arriesgan á incurrir en un error peligroso, olvidando que las muchedumbres que arrastran tras de sí se burlarán de sus tentativas de coalicion y de sus compromisos.

En todo caso, entre sus enemigos de fuera y de dentro, mucho costaría á la república mantenerse. La necesidad de la defensa le obligaría á dictar severas medidas represivas; despertaría-se el gusto nacional á lo arbitrario, y lo arbitrario sería aclamado como antiguo amigo, existiendo sólo la república en el nombre.

II.

El temperamento de los franceses es una de las causas que impiden la consolidacion de instituciones liberales. Los pueblos tienen, como los individuos, buenas y malas cualidades, y puede decirse, si se quiere, que las buenas provienen en gran parte de sus defectos. A los ingleses enorgullece ser en su mayor número espíritus sobrios y moderados; tener sangre fria y sentido comun. ¡Quién sabe si esta cualidad no depende de alguna lentitud en la circulacion de la sangre, de determinada ineptitud para formar ideas generales y para crear sistemas de todas clases. No está demostrado que esta cualidad nazca de adelanto en la inteligencia. La exactitud laboriosa y minuciosa de los alemanes, es propia de las gentes que no se dejan dominar por ninguna clase de aburrimiento. Transportados al orden político, el espíritu vivo y brillante y el genio impaciente de los franceses, les privan de la paciencia y de la reflexion, sin las cuales no puede haber gobierno fundado en la discusion pública.

Los franceses no saben discutir. Su talento oratorio es de primer orden; pero no de orden deliberativo. Un rasgo que les caracteriza, que choca á todos los extranjeros, en el cual convienen ellos mismos cuando se les llama su atencion sobre este punto, es el trabajo que les cuesta escuchar, no digo á un adversario, sino á cualquier orador

en una reunion por poco numerosa que sea, desde los salones del rico hasta las tabernas del pobre. Cuidanse muy poco de oír ni aún de ser oídos; pero mucho de hablar. Diariamente se ven en la Asamblea nacional grupos de representantes que se complacen en vociferar, produciendo un verdadero alboroto en que nadie distingue ni su propia voz, y la misma escena se repite por la noche en la casa del anfitrión donde se come. Cada cual interrumpe á sus vecinos, y se abandona á su inspiración, sin respeto á los derechos ó al placer de los demás. Concretándose á las relaciones privadas, esta costumbre no tiene malas consecuencias, porque los franceses merecen perfectamente su reputación de bondadosos. Su indomable vivacidad molesta, pero no inspira rencor. En la escena política es, al contrario, un defecto deplorable que impide toda deliberación seria, y cambia en envenenadas fuentes de cólera y de odio los medios de entenderse y conformarse. La experiencia demuestra que las Asambleas en Francia son causa demasiado eficaz de anarquía y de irritación; y en efecto, no es lo más á propósito para humanizar los sentimientos el cambio continuo de provocaciones, de sarcasmos y de insultos hasta groseros.

«Se tiene afición á odiarse, decía M. Thiers, á desconocerse, á poder decirse unos á otros que son malvados (1).»

Esta debilidad no es peculiar de las asambleas, donde las diferencias de los partidos son extremas, ni privilegio exclusivo de los legitimistas y de los monárquicos no sometidos, que, en último caso, son tan franceses como los demás.

El fenómeno persiste, aún cuando las diferencias políticas sean ligeras sombras. Un testigo ocular asegura que la primera reunión de la Commune fué una escena de violencia. El ciudadano Eudes amenazaba con la prisión al ciudadano Allix; otros ciudadanos pedían la expulsión de varios colegas suyos. Posteriormente la mayoría de la Commune pensó con toda formalidad en aprisionar á la minoría, y lo hubiera realizado de no tener la insurrección un inmediato fin trágico, debido en gran parte á las divisiones intestinas de los que la capitaneaban.

Si este defecto se redujera á una gran licencia de lenguaje en el calor de los debates, no tendría tan funestas consecuencias. Los mayores dictérios nada significan, y si á una escena turbulenta sucediera imparcialidad en el espíritu y deseo sincero de conciliación, todavía podría abrigarse alguna esperanza. Pero desgraciadamente no sucede así. Después de haber exhalado sus senti-

mientos en invectivas, los partidos hostiles salen de la Cámara llenos de ira y de despecho. Sólo se recuerda los insultos; las diferencias se agrandan, los puntos de contacto se olvidan, cada cual se ausenta, enérgicamente convencido de que su adversario es un tunante, con quien se debe acabar si es posible.

Recuérdese la conducta de la mayoría de la Asamblea de Versalles en los primeros días de la Commune, cuando los alcaldes de París se presentaron con el dignísimo propósito de hacer la última tentativa de conciliación. Los alcaldes eran magistrados municipales de la capital legalmente elegidos. Sabíase que habían desaprobado, hasta cierto punto, el movimiento de insurrección. Su presencia en las tribunas demostraba sus intenciones pacíficas, y las circunstancias eran bastante fuertes, para que, en vista de ellas, se ahogaran las animosidades más intransigentes. El extranjero, bárbaro ó insolente, continuaba teniendo á París en su poder. El orgullo, el patriotismo, la dignidad personal, todos estos sentimientos obligaban á los representantes á acallar sus odios domésticos y á no pensar más que en el enemigo. ¿Cómo fueron recibidos los alcaldes de París? Con denuestos, mostrándoles los puños y declarando que su presencia era un ultraje á la Asamblea. Diráse que entonces se encontraban frente á frente los dos partidos extremos de la sociedad francesa, pero ¿ha desaparecido después el abismo que les separaba? ¿Quién lo llenará? ¿No está acaso la república destinada á hundirse en él? (1).

A la impaciencia que hace á los franceses incapaces de escuchar á sus adversarios y de convencerles, sucede otro rasgo de carácter fatal á la libertad y difícil de explicar. M. Quinet, al observarlo, se contenta con admirarse.

«Admiro, dice, que los mismos hombres tan exigentes, tan impacientes durante la libertad, sean en seguida los seres más pacientes bajo la opresión ó el terror (2).»

Es un hecho curiosísimo la constancia de los franceses en someterse á los tiranos y en sublevarse contra los jefes liberales. Un gobierno ametrallador obtiene de ellos obediencia casi pasiva; pero un gobierno que les consulta, que procura agradarles y tenerles contentos, es objeto de su colérico desprecio, y le barren con una indignación que no conceden á los déspotas. Así se ve que hicieron su gran revolución contra el más débil y pacífico de los reyes de la casa de Borbon. Tocqueville ha manifestado cómo se subleva al

(1) Véase *Le XIX siècle*, número del 2 de Marzo de 1874.

(1) Malon, *Troisième Défaite du prolétariat français*, pág. 401.

(2) *La Révolution*, tomo II, pág. 228.

pueblo, queriendo aliviar sus penas. A medida que el segundo imperio se hacía más liberal, redoblaba el salvajismo de los ataques. Sé muy bien la explicación que se da. Dícese que un pueblo indignado, que por largo tiempo ha visto menospreciados sus justos derechos, no experimenta verdadero reconocimiento por concesiones tardías é incompletos sistemas, no de buen deseo, sino de debilidad. Dícese que sólo la perspectiva de la emancipación, después de larga esclavitud, desarrolla un ardor inextinguible. Estas son frases sin sentido, porque los franceses sólo demuestran tales disposiciones con los déspotas que se debilitan y caen. Lo mismo hacen con los elegidos del favor popular, aún antes de que estos favoritos hayan tenido tiempo de consolidarse en sus cargos. Recuérdese que el populacho no cesó de ultrajar y aterrorizar á las tres Asambleas de la gran revolución; que Lamartine y sus colegas de 1848 fueron perseguidos é insultados en la Cámara cual si fueran otros tantos decenviros; que en 1870 el gobierno de la defensa nacional fué hecho prisionero y casi fusilado sin formación de causa el día 31 de Octubre. No sostengo que dejase de haber graves motivos de queja contra cada uno de estos gobiernos, pero digo y sostengo que esta impetuosa impaciencia para reprobar sus faltas, forma singular contraste con el favor concedido á gobernantes cuya política se funda principalmente en el concurso de las bayonetas y de la metralla.

Se me hará otra objeción. Diránme: ¿cómo queréis que una multitud desarmada luche contra un tirano sin escrúpulos que tiene á sus órdenes numerosas legiones? No pretendo tal cosa, pero hago constar que, después del golpe de Estado de Diciembre de 1851, á los diez y nueve días de este suceso, Luis Napoleón tenía en su favor, para el plebiscito del 21 de Diciembre, 196.000 votos, y para el del 21 de Noviembre inmediato, cuando la proclamación del imperio, 208.658 votos, es decir, una mayoría de 16.000 y de 28.000 votos más que la que envié á la Cámara á M. Barodet en Abril de 1873 (1).

Estos hechos son graves. Después de las descargas que inundaron los boulevares de París de sangre inocente é indefensa, no había duda acerca del carácter y de las intenciones de Luis Napoleón. Perdonáronsele, sin embargo, estas

(1) *Du suffrage universel*, por P. Ribot, cap. I. M. Eugenio Tenot reduce el voto del plebiscito á 152.981 votos, pero admite que Luis Napoleón obtuvo cerca de siete millones y medio de votos afirmativos, y sabida es la hostilidad de M. Tenot al imperio. Véase su obra, *Paris en décembre*, 1872. pág. 205. Cuando Bonaparte se hizo proclamar cónsul vitalicio en 1802, obtuvo una mayoría de 3.577.259 votos, y sin embargo, aquellos ciudadanos de 1802 habían estado jurando durante diez años, que querían vivir ó morir libres.

exageraciones, y París, el mismo París socialista, tendió sus brazos al aventurero triunfante, con un abandono que jamás concedió á ídolo alguno sin tacha. Creo de buen grado que esta genialidad singular de los franceses se explica por una circunstancia á que ántes he aludido, cual es, que en Francia el problema social y el problema político se confunden, siendo el uno tan apremiante como el otro y no pudiendo resolverse separadamente. Francia es un país que sufre, como el resto de Europa, males profundamente arraigados que son herencia secular. Las clases pacientes se quejan en alta voz; pero Francia es además un país donde el edificio político, desde los cimientos hasta la veleta, es siempre provisional y sujeto á cambios frecuentes á medida y capricho de cada nuevo inquilino. Cuando la multitud que sufre, y que sólo tiene ojos para ver sus agravios reales ó imaginarios, oye decir al día siguiente de una revolución que van á ser atendidas sus reclamaciones, truécase en impaciencia su esperanza. Por desgracia, y á pesar de la mejor voluntad del mundo, los nuevos legisladores se ven obligados á empezar por el principio, á improvisar un mecanismo político que permita el despacho de los asuntos corrientes del país.

Apénas han empezado su trabajo, cuando la multitud se impacienta, se admira de que no llega la Edad de Oro tan esperada, y comienza á llamar ruidosamente á las puertas. Enérgicos demagogos la convencen pronto de que los legisladores, ocultos detrás de aquellas puertas, son traidores é intrigantes que engañan al pueblo y que sólo piensan en sus intereses particulares. Los centinelas se asustan y espantan ante el aspecto amenazador del pueblo soberano, único depositario de la sabiduría y de la virtud. Los jefes, sospechosos de poner obstáculos á los justos y atinados deseos del pueblo soberano, son prontamente destituidos. En vez de dirigir el movimiento, se resignan á seguirle, y entonces empieza la escandalosa sucesión del favor popular, de que Francia ha presentado tan frecuente espectáculo.

Si la multitud no obtiene lo que desea de una sola vez, se dice que la falta es de tal hombre ó de tal partido, que se ha apoderado astutamente del poder para hacer traición á la causa del pueblo. A poco que la anarquía encuentre el camino expedito, la sociedad francesa se asemeja á un mar agitado, donde cualquier democratilla procura empinarse á lo alto de cada grande ola, como un Neptuno en miniatura. Los tímidos y los entusiastas se persuaden de que van á ocurrir cosas terribles y grandiosas, que la religión, la propiedad y la familia van á ser suprimidas, ó que, por fin, se va á hacer justicia á la gran causa del

trabajo, y que el obrero se va á ver libre de sus cadenas seculares. No sucede nada de esto. La impaciencia de los que reclaman la solucian del problema social hace imposible la solucian del problema político, y el déspota que acecha la ocasion acude para hundir ambas cuestiones en la sombra y en el olvido. Veinte años de servidumbre son la expiacian de algunos meses ó de algunas semanas de licencia.

Valga lo que quiera esta explicacion, sostengo que el rasgo distintivo del carácter nacional es favorable á la tiranía y fatal á la libertad. Los hombres moderados no saben á qué atenerse en política, y el espíritu de moderacion siempre ha sido mal visto en el curso de las revoluciones francesas. Es instructivo leer en una página horrible de M. Quinet la indiferencia con que el pueblo del 93 al 94 veía rodar á sus piés, unas despues de otras, las cabezas de sus jefes, como si nada le importase. Esta indiferencia, debida principalmente á la sumision pasiva de los franceses á un poder sin escrúpulos, procedía en gran parte de que las víctimas, constitucionales, girondinos, dantonistas, comparadas con los jacobinos, eran hombres de cierta moderacion. En cuanto á los hebertistas, Robespierre y Saint-Just, conocían por instinto que eran rivales, tanto más peligrosos, cuanto que profesaban opiniones extremas. «En su lucha contra el hebertismo, dice Luis Blanc, los robespierristas se preocupaban extraordinariamente de evitar toda acusacion de tibieza.»

JAMES COLTER MORISON.

(*Fornightly Review.*)

(Se concluirá.)

LAS HÉLICES: SU FUERZA Y SU MARCHA.

Al ver hoy dia la hélice propulsora sustituyendo casi generalmente á las ruedas de paletas, sobre todo en el mar, se han olvidado los períodos de errores y de incertidumbres por que hemos pasado ántes de llegar al estado actual, y con frecuencia ha alcanzado el mismo olvido á los que ayudaron á salir de esta oscuridad; pero como despues de sus trabajos no ha sido necesario continuar estudios difíciles y dispendiosos, natural es admitir que el tiempo no ha disminuído su mérito, puesto que nada ha venido á interponerse en el intervalo. En este caso se encuentran los trabajos de M. Taurines, quien, *más que ningun otro*, ha puesto en claro cuestiones oscuras relativas á este propulsor invisible que á veces ha presentado singulares anomalías, como la del retroceso negativo. En 1845 el almirantazgo inglés hizo comparar la

hélice con las ruedas de paletas en dos buques semejantes.

De 1847 á 1848, los Sres. Bourgeois y Moll fueron encargados en Francia de experimentar las diversas proporciones del nuevo propulsor.

En 1848, Mr. Taurines, profesor entónces de la Escuela de artillería naval de Brest, tuvo la idea de medir aisladamente todos los elementos, y con este motivo inventó ingeniosos instrumentos que, empleados primero en una lancha, han servido en 1850 para medir directamente la fuerza de las máquinas, y el esfuerzo ejercido por su hélice á bordo del *Primauguet*, de 400 caballos, y del *Imperial*. El esfuerzo de tension de estos grandes aparatos motores se ha elevado hasta 72.000 kilogramos sobre el dinamómetro de rotacion. Hasta entónces se había apreciado á veces la impulsian por medio de un dinamómetro de palanca, miéntras se media el esfuerzo ejercido sobre el émbolo de la máquina con el indicador, pero no había nada que diera á conocer las pérdidas intermedias, debidas al trabajo de la máquina y á los rozamientos, como tampoco á la inercia de sus piezas y á las que deben atribuirse á la misma hélice. A decir verdad, sólo existen los dos términos extremos de la cuestion, sin conocer los hechos intermedios, y M. Taurines ha prestado un gran servicio con las medidas exactas que han proporcionado sus notables instrumentos. Lo probó primeramente haciendo experimentos en una lancha, y sus resultados fueron confirmados en seguida por los de dos ingenieros de la armada que operaban en grandes buques con los instrumentos de M. Taurines. Puede, pues, asegurarse que su iniciativa ha sido tan grande como su perseverancia y su desinterés para construir instrumentos delicados, disponer sus resortes y atreverse á colocar estos últimos como intermediarios de la fuerza trasmitida por las dos partes de un árbol, separadas para medir directamente el esfuerzo de rotacion de una gran máquina marina. Así ha llegado á trazar todas las fases variables de la rotacion, miéntras que otro instrumento, tan ingenioso y tan nuevo como el anterior, marcaba simultáneamente en el papel el esfuerzo de impulsian producido por la hélice en sentido del eje del mismo árbol.

Todo el mundo comprende la importancia de esta combinacion y los resultados que pueden sacarse de estos elementos intermediarios que ántes faltaban. Se ha podido de esta suerte medir simultáneamente la potencia desarrollada por el émbolo, por medio del indicador; el esfuerzo de rotacion producido por el árbol, por medio de uno de los nuevos instrumentos, miéntras que el otro trazaba la impulsian que producía la hélice, y por tanto, la resistencia real del buque, y finalmente

el resultado, es decir, la velocidad calculada por los medios conocidos.

De la reunion de todas estas medidas numéricas resultaba la posibilidad de analizar exactamente todo lo que concierne al movimiento de un buque.

M. Taurines había trazado también más de 4.000 metros de curvas, medidas en seguida con el planímetro, y comprobaba su dinamómetro de impulso con experimentos de tracción sobre una amarra, obrando sobre un dinamómetro ordinario. Provisto de estas observaciones, comparó separadamente los principales elementos de una hélice, es decir, su diámetro, su paso y anchura de sus alas, así como su número, no haciendo variar más que uno de ellos á la vez, y todos estos resultados, agrupados con orden, le han dado á conocer muchos errores anteriores y permitido fijar principios bastante seguros, para que ahora sea fácil determinar *à priori* las proporciones de una hélice. Conviene advertir que M. Taurines ha invertido gran parte de su fortuna en los gastos de sus ensayos y en la construcción de instrumentos que ninguna remuneración ofrecen, puesto que rara vez se emplean.

Entre los hechos importantes demostrados por los instrumentos de M. Taurines, debe citarse la medida exacta del esfuerzo de rotación de los árboles, y por tanto de la fuerza real de las máquinas marinas, á las que su enorme potencia impide aplicar el freno de Prony. A falta de medidas directas, admitíase que el árbol sólo transmitía 60 por 100 de la potencia desarrollada por el émbolo. Las numerosas medidas tomadas con su freno en la máquina de 400 caballos nominales del *Primauguet* y en otras han demostrado que la máquina utilizaba 80 por 100 de la potencia desarrollada sobre los émbolos, viéndose de este modo que los aparatos marinos, lejos de tener las imperfecciones que se les imputaban, utilizan el vapor, por lo ménos, tan bien como las mejores máquinas terrestres.

Respecto á la hélice, casi nada se sabía directamente, porque sus efectos se confundían con los del movimiento de la máquina y de la carena, que no eran conocidos. Admitíanse los pasos de las hélices alargados con exageración, sobre todo en las máquinas directas, que impedían adoptar los principios de M. Taurines, porque éstos exigían rotaciones más rápidas que las obtenidas hasta entonces, rotaciones que ahora se efectúan y que han permitido acortar mucho los pasos de las hélices. Resulta de ello ménos fatiga para las máquinas, y sobre todo ménos sacudimientos en las partes inmediatas á la caja de la hélice. La marcha ha sido también mejorada, sobre todo cuando la dirección del viento y el estado del mar

aumentan los obstáculos. M. Taurines resolvió esta cuestión haciendo variar el paso en proporciones exageradas. Los experimentos cuidadosamente ejecutados después por los ingenieros de marina en los buques *Elorn* y *Primauguet*, confirman los primeros resultados de M. Taurines.

Lo mismo sucedió respecto á la fracción de paso, es decir, á la longitud dada á las alas, la cual fué reducida á la mitad de lo que anteriormente era. Por otra parte, se habían encomiado mucho las hélices pequeñas, profundamente sumergidas, pero las medidas probaron que un diámetro tan grande como permitiera el calado del buque, era muy preferible para utilizar bien la hélice. La cuestión del número de alas fué estudiada con medidas directas, y quedó demostrado, que su multiplicidad influye poco en la aplicación, pero proporciona un movimiento regular preferible para las máquinas, y demostrado por la carencia de sacudimientos en el trazado de los diámetros.

Restaba, por fin, aparte de la hélice, una cuestión, sobre la cual se había estado siempre en la incertidumbre, á pesar de numerosas investigaciones y de su importancia desde la aplicación de las máquinas de vapor á la propulsión. Esta cuestión era la de resistencia de las carenas, según su forma y su velocidad al través del agua. Aunque para averiguarlo se habían hecho remolques de modelos ó pequeños buques, en tales asuntos los ensayos con modelos no deciden la cuestión respecto á los grandes buques, y además, el calado de un buque remolcado no está en las mismas condiciones con relación al agua, que el impulsado por un propulsor colocado en la popa del buque ó en otro sitio. M. Taurines ha prestado, pues, un gran servicio á la construcción naval, inventando su dinamómetro de impulsión, que da en kilogramos el esfuerzo real de la impulsión de la hélice, y por tanto, la resistencia que se le opone por su paso al través del agua, según los buques y según la velocidad que se les imprima. Los constructores han conseguido, por medio de los inventos, una medida exacta de sus obras, y como consecuencia una guía de comparación y corrección. M. Taurines ha reconocido que esta resistencia crece, como la potencia 2,66 de la velocidad, en vez de la potencia 2, que era lo admitido.

Dos ingenieros de marina, los señores Fay y Guede, han acabado de dilucidar estas cuestiones, gracias á sus excelentes experiencias, con los instrumentos de M. Taurines.

Almirante PARIS.

Del Instituto de Francia.

ASALTO Y SAQUEO DE ROMA.

MEMORIAS PARA LA HISTORIA DEL ASALTO Y SAQUEO DE ROMA
EN 1527 POR EL EJÉRCITO IMPERIAL, FORMADAS CON DOCUMENTOS
ORIGINALES, CIFRADOS É INÉDITOS EN SU MAYOR PARTE

POR

D. ANTONIO RODRIGUEZ VILLA

Individuo del Cuerpo facultativo de Archiveros-Bibliotecarios (1).

Interesantísimo por todos conceptos es el libro que acaba de salir á luz con este título. La importancia del asunto, la novedad de los documentos, la época á que se refieren, los numerosos incidentes dramáticos que contiene, las extraordinarias escenas de la vida militar de aquellos tiempos heroicos, la pintura moral y política de la corte de Roma y de las de otros Estados italianos, el valor y bizarría de los soldados, la energía y pericia militar de los capitanes, la habilidad y destreza de los embajadores y agentes cesáreos, hasta el silencio de Carlos V unas veces y su gravedad y laconismo otras, contribuyen á dar á estas *Memorias* realce y galanura, animacion y vida. Pocos sucesos históricos tienen, en verdad, el privilegio de absorber tanto como éste la atención de Europa y particularmente de España. Explicase, sin embargo, esta preferencia, «tratándose, como dice el Sr. Rodriguez Villa, de un acontecimiento nacional, ocurrido en el más memorable período de nuestra historia, que llenó de asombro y temor á todos los príncipes europeos, que fué la causa del establecimiento de una vasta confederacion de Estados, que provocó el desafío de los dos monarcas entónces más ilustres y poderosos, que tan directamente contribuyó á afirmar la preponderancia imperial en Italia, y que ofreció, en fin, el inaudito y sorprendente espectáculo de ver la Ciudad Eterna ferozmente saqueada y el Sumo Pontífice reducido largos meses á prision por el ejército del Sacro Emperador y Rey Católico.»

A pesar de todo, es lo cierto que, ó llevados de nuestra habitual negligencia, ó enmudecidos por causas religiosas y políticas, que de modo alguno deben oponerse á la verdad histórica, si ésta ha de servir de norte y enseñanza á la humanidad, nuestros historiadores han tratado á vuela pluma y con timidez, suceso de tamaña importancia. Por esto han de permitirnos los lectores de la REVISTA que con alguna proligidad les demos cuenta de esta obra, si bien para formar cabal ideal del orí-

(1) Madrid. Casa editorial de Medina y Navarro, calle del Rubio, número 25.—Un volumen en 8.º—4 pesetas en Madrid, 5 en provincias.

gen, desarrollo y desenlace de este acontecimiento, es de todo punto indispensable leer todas sus páginas.

I.

La victoria de Pavía alarmó de tal suerte á todos los enemigos de Carlos V, y principalmente los que tenía en Italia, que aunque por el pronto el temor les contuvo, no tardaron mucho en aliarse para menguar el poder del Emperador. Confederados los Estados italianos, proyectaban arrebatarse á los imperiales el Milanesado, despostrar á la corona de España del reino de Nápoles y anonadar la dominacion de Carlos V en Italia. El alma de esta vasta conjuracion era el Papa Clemente VII, hombre de carácter en extremo variable é irresoluto, que dominado unas veces por el partido español y las más por el italiano, oscilaba constantemente entre una y otra alianza. No había medio de hacerle entrar resueltamente en un sistema político. Negociaba con el Emperador la paz y al mismo tiempo conspiraba contra él con venecianos y franceses, ó bien se confederaba con éstos y mantenía secretos tratos con Carlos V. Sus más íntimos é influyentes consejeros, el Datarío Juan Mateo Giberto y el Arzobispo de Capua, eran, sin embargo, enemigos de este monarca, y de aquí el que, despues de vacilar entre unos y otros, acabase siempre por inclinarse del lado de venecianos y franceses.

Satisfecha la aspiracion de Carlos V en cuanto á Italia por la renuncia que Francisco I hizo del Estado de Milan, anhelaba sinceramente la consolidacion de la paz en los Estados cristianos, para rechazar de las fronteras orientales los ataques de los infieles y operar dentro de sus dominios una reforma necesaria, reprimiendo peligrosos errores y remediando grandes abusos. La constante inquietud y alteracion de Italia y la conducta inconstante y artificiosa del Pontífice no le permitieron conseguir los buenos resultados que de la batalla de Pavía esperaba obtener en beneficio de toda la cristiandad, viéndose por estas causas en la necesidad de mantener en Lombardía el ejército que en otro caso hubiera deshecho ó trasladado á otra parte.

En este estado de cosas, todos los embajadores, capitanes y agentes cesáreos en Italia, aconsejaban al Emperador desde mediados del año 1526, que el único remedio para afianzar la paz en Italia y mantener su preponderancia, era apoderarse de Roma y obtener del Papa por la fuerza lo que por negociaciones, tratos y condescendencias era imposible alcanzar. Hé aquí algunos párrafos de las cartas publicadas por el Sr. Rodriguez Villa:

De Lope de Soria, embajador cesáreo en Génova, al Emperador: «...Todo el daño que V. M. pueda hacer á S. S. parece que será lícito hacer, considerada su ingratitude y el poco respeto que tiene al servicio de Dios y bien de los cristianos; y pues á solo V. M. toca castigar al Pontífice, que no hace lo que debe y tiene tantas maneras y poder para facerlo, no debe dejar V. M. de evitarle toda obediencia de sus reinos y señoríos y convocar todos sus vasallos contra él, pues haciéndolo desta suerte sería servicio de Dios y bien de todos los cristianos y exemplo para que no presumiendo de Pontífices usurpen el autoridad á los emperadores ni fagan ligas para quitarles los Estados y degollarles sus vasallos, máxime con tan inicuo odio como este amuestra proceder contra todo esto. Hablo como soy obligado al servicio de V. M.»

De Lope Hurtado de Mendoza, embajador extraordinario de S. M. en Italia: «Y pues el Papa quiere fuego en la christiandad, V. M. le encienda por todas partes, hasta castigar los que han tomado armas contra su ejército y reformar la Iglesia.»

El reputado teólogo D. Pedro de Urríes, aconseja á S. M. nombre General del ejército de Italia al Cardenal Colonna, enemigo personal de Clemente VII, «y mandarle *que tome á Roma con todas las fortalezas á ella más propincuas...* pues V. M. vee la maldad destas gentes y sus condiciones, no se dexé más engañar; y si falta el dinero, tome la tercia parte de las rentas de los perlados y iglesias... y si no bastá por un año, sea por tres, y tambien mande tomar á los Cardenales, que siguen al Papa, todas las rentas que tienen en los reynos de V. M... Esté de buen ánimo que la victoria es tan cierta como la pasada.»

Del Secretario Perez, encargado de negocios en Roma: «Acá se ha dicho que V. M. pidió parecer al Obispo de Osma, su confesor, *si podía quitar la obediencia al Papa* con justa causa, y que le respondió que no lo podía hacer, y que por ninguna cosa se hiciese, y que V. M. lo había propuesto en su Real Consejo, y que aún no le había respondido. Otros dicen que el confesor dijo á V. M. que lo podía hacer justamente, pues el Papa le había movido la guerra, y *que en defension de sus Estados podía muy bien hacer cualquier empresa.* Esto es aquí público, y por esto lo pongo en claro y sé que desta nueva no place á todos. Menos les place que han oido que el Consejo de Nápoles tiene orden de V. M. para hacer guerra á S. S. y están con mucho temor; y cierto que si se la quieren hacer, tienen agora buen aparejo, porque aquí no hay gente y la de caballo que está fuera es poca y no muy buena.»

Tan deseoso estaba Carlos V de concluir la paz con Clemente VII, que desde Granada escribió al valerosísimo caudillo D. Hugo de Moncada, nombrado para negociar con el Papa, aconsejándole prudencia suma y hasta ceder en varios de los capítulos á fin de mejor venir á un acuerdo. «Pero en caso que no quisiese, le dice, venir á la conclusion y os llevase con palabras y dilaciones, y pudiédes conocer ó apercebir que hubiese capitulado y concluido con Francia, en tal caso no dexareis de concluir con el Duque de Ferrara y ayudaros de los otros medios completamente declarados en vuestra instruccion con los Coloneses, Seneses y otros.

»Despues de escrito lo susodicho, nos ha parecido bien de, aparte y en secreto, os dar aviso cómo el sollicitador del Cardenal Colonna, estando aquí en nuestra corte, nos dixo tres dias há que el dicho Cardenal su amo le había mandado que nos dixiese de su parte que él tenía buena disposicion *para echar el Papa de Roma* y revolver Sena y áun Florencia y algunas tierras de la Iglesia contra S. S., y queriendo dilatar á resolverle hasta saber nueva de vos y de vuestra negociacion, el dicho sollicitador nos apretó mucho, diciendo que ahora, luego, el dicho Cardenal quería poner en execucion su intencion. Y viendo esto, habemos respondido al dicho sollicitador, agradesciendo al dicho Cardenal su amo su buena voluntad con muy buenas palabras, por darle más aliento, *que os habemos enviado allá con amplísimo poder para cualquier cosa que sucediese en todo evento* y que os mandaríamos secretamente dar aviso desto para, cuando fuese menester, platicar sobre ello con el dicho reverendísimo Cardenal y hacer en ello lo que fuese más bien en nuestros negocios. Parécenos que conforme á vuestra instruccion lo entretengais, y áun de bien en mejor, segun la disposicion de los negocios; pero como nuestro fin principal sea por respecto de lo de Francia de ganar amistad con el Papa, hareis vuestro fundamento de así lo poner por obra, de la manera que arriba es dicho en esta carta, lo mejor y más á nuestro ventaja y reputacion que pudiéredes, ganando en la negociacion de grado en grado, como de vos confiamos. Y en caso que despues de haber hecho vuestro débito hasta el cabo de vuestra instruccion, y de lo que ahora por esta carta os escribimos, como dicho es, viédes que todo eso no aprovechase y os pidiesen cosas imposibles ó os llevasen con disimulacion y largas, con fin de ganar tiempo y concluir con otros que con nos, será bien que no olvideis de prevenir ántes que ser prevenido, y que platiqúeis en secreto con el dicho Cardenal Colonna para que, *como de sí mismo, ponga en obra lo que,*

como arriba, *su solicitador nos ha dicho*; y que en ello le hagais dar todo favor secreto de la manera contenida en vuestra dicha instruccion, y en esto os gobernéis como viéredes más cumplir á nuestro servicio y á bien de nuestros negocios, segun la buena confianza que de vos tenemos.»

Agotados todos los recursos diplomáticos, y persistiendo el Papa en su enemistad al Emperador, confió éste en alcanzar por medio de una sorpresa y terrible amenaza su anhelado propósito. A este fin ordenó á D. Hugo de Moncada entrase por sorpresa en Roma con buen golpe de gente, con ánimo de inclinar al Papa á su favor y establecer una paz duradera. A pesar de lo arriesgado y aún temerario de la empresa, D. Hugo la llevó á cabo con indecible destreza y brabura, siendo por demas curiosos é interesantes los documentos que el Sr. Rodriguez Villa publica tocantes á esta primera entrada de las tropas imperiales en Roma.

II.

Ajustada una tregua entre Clemente VII y don Hugo de Moncada, en representacion de Carlos V, apenas el primero se vió libre de tan tremenda catástrofe, tomando por debilidad y escasez de fuerzas las muchas concesiones que el ministro cesáreo le otorgó con el deseo de llegar á un arreglo pacífico, volvió á su antiguo sistema de hacer votos al Emperador por la paz general y por el afianzamiento de su recíproca amistad, al mismo tiempo que secretamente juntaba tropas, se confederaba con venecianos, florentines, franceses y otros enemigos del Emperador y proyectaba apoderarse del reino de Nápoles y demas dominios de España en Italia. De todo era sabedor Carlos V, merced á la actividad y celo de sus ministros, y aunque se prevenía para cuanto pudiese ocurrir, no dejaba de brindar una y otra vez á Su Santidad con la paz, enviándole con este fin sucesivamente al Comendador Aguilera, al General de la Orden de San Francisco, al Comendador Peñalosa, á su escudero César Ferramosca, al Secretario Seron y al Comendador Herrera, con instrucciones las más conciliatorias y honrosas. A todos exponía Clemente VII los vivísimos deseos que abrigaba de llegar á conciliacion, de mantener y aún estrechar sus buenas relaciones con el Emperador, y los esfuerzos que hacía para conseguirlo; á todos los entretenía con buenas palabras y términos dilatorios, y todos acababan por conocer la doblez y engaño de sus mentidos propósitos y fingidos deseos, aconsejando al Emperador, en union con los demas ministros cesáreos, la guerra á todo trance y la entrada en Roma del ejército imperial.

Entre tanto permanecían encerrados en Milan el Duque de Borbon y el ejército imperial, esperando los socorros de gente, dinero y municiones que había prometido el Emperador. Llegaron al fin estos, si bien en exígua cantidad los últimos, y el 2 de Enero de 1527 se puso en marcha aquel ejército en direccion de la Italia central. Las vicisitudes, motines, peligros y trabajos que pasó hasta llegar á Roma, forman una de las partes más bellas é interesantes del libro, y los documentos relativos á ella se leen con tanta ó mayor avidez y ansiedad que las más deleitables novelas.

Una vez á la vista de Roma, el ejército cesáreo, comprendiendo su difícil y peligrosa posicion, é inspirándose en la atrevida divisa de su esforzado y egregio caudillo (*omnis salus in ferro est*), atacó con tal denuedo y bizarría, que en poco tiempo fué dueño del Burgo, y no mucho despues de la Ciudad Eterna. Entre las relaciones del saco de Roma, ninguna tan auténtica, detallada é importante como la que por vez primera ve la luz en el libro del Sr. Rodriguez Villa, escrita al Emperador por el insigne Abad de Nájera don Fernando Marin, comisario general del ejército, consejero real y tesorero del Estado de Milan, dándole cuenta de este memorable hecho de armas. Actor principalísimo de él, dotado de gran penetracion, clara inteligencia y extraordinario valor, es este Abad, á juzgar así por ésta como por otras cartas suyas en la misma obra insertas, uno de los personajes de aquella heroica empresa, tan poco conocido como digno de memoria y alabanza.

Pálido y descarnado sería cuanto intentáramos decir aquí referente al llamado Saco de Roma; los documentos tocantes á este punto, que publica el Sr. Rodriguez Villa, como escritos por contemporáneos los unos, por testigos de vista los otros, y por actores del suceso los más, lo refieren, circunstancian y pintan con tan vivos y animados colores, con tal vigor y fuerza de expresion, con naturalidad y sencillez tales, que el lector, extasiado en su lectura, cree ingenuamente, al ménos á nosotros así nos ha sucedido, escuchar de boca del mismo Fernando Marin, de Salazar, de Perez y de Gattinara, la relacion de tantos y tan extraordinarios sucesos.

CÁRLOS TORRES.

(Se continuará.)

SAKÚNTALA,

DRAMA EN SIETE ACTOS

DEL POETA INDIO KALIDASA.

ACTO SÉTIMO. *

Entran Mátali y el Rey, sentados en una carroza que baja por los aires.

REY. Mátali, he cumplido como bueno las órdenes de Indra; pero esas distinciones que usa conmigo son seguramente superiores al mérito de mis obras.

MATALI. (Sonriendo.) Rey valeroso, tengo para mí que los dos quitais algo al mérito de vuestros actos. El oportuno auxilio que has prestado al Rey de los cielos te parece de ningún valor ante los favores con que Indra corresponde; y él tiene en poca estima esos favores comparados con el placer que le han producido tus heroicas hazañas.

REY. Mátali, no hables así; los honores que me tributó en el acto de nuestra despedida están muy por encima de lo que hubiera podido imaginar la humana inteligencia. Después de hacerme tomar asiento en su elevado trono, en presencia de los dioses, mirando con sonrisa á Chayanta, su hijo, que estaba á su lado y abrigaba ciertos celos, me puso una guirnalda de árbol de paraíso, adornada con el sándalo celeste.

MATALI. Y eso y más ha merecido el Rey valeroso del Príncipe de los Inmortales. Dos héroes habéis destruido el ejército de Dánavas, que turbaban la paz y la gloria del cielo de Indra; ahora han caído á los disparos de tus nudosas y certeras flechas; ántes sucumbieron entre las garras del Leon-hombre (1).

REY. Pero en estos hechos sólo debemos alabar el poder ilimitado de Indra; que si los siervos llevan á buen término heroicas hazañas, debido es al poder y virtud de sus señores. Aurora no sería la primera en disipar las tinieblas de la noche, si el refulgente Surya no la hubiese puesto por auriga de su carro.

MATALI. Algo hay de verdad en eso. (Acercándose.) ¡Príncipe valeroso! Has de saber que el esplendor de tu gloria y la fama de tu nombre penetran hasta la bóveda del cielo. Los dioses reflejan tus hazañas en cantos divinos y las pintan con preciosos colores, lindos como los que usan en sus tocados bellezas celestiales.

REY. Mátali, impaciente por entrar en combate con los Asuras, no puse atención al camino que conduce á la morada de Indra cuando subíamos al Olimpo; ¿en qué senda de los vientos nos encontramos ahora?

MATALI. Esta vía que hizo libre de tinieblas el segundo paso de Vishnu (2), se llama «camino del

viento Parivaha;» el mismo que impele las aguas del triple río que recorre las regiones de los aires; que hace girar las estrellas y reparte sus lúcidos rayos por el orbe.

REY. En verdad, ahora se van sosegando todos los órganos de mi cuerpo. (Mirando las ruedas del carro.) Es porque ya hemos descendido á la región de las nubes.

MATALI. ¿Cómo conoces eso?

REY. Las finísimas gotas de agua que salpican las ruedas de la carroza; las aves C'atakas que vuelan entre sus radios; el brillo deslumbrador de los relámpagos que corona la crin de los corceles, son indicios seguros de que hacemos la ruta sobre nubes hinchadas de agua.

MATALI. Es verdad; muy pronto pisará el Rey el suelo de su reino amado.

REY. (Mirando á la tierra.) La rapidez de nuestro descenso da un aspecto admirable al mundo de los hombres. La tierra parece hundirse entre las montañas que destacan sus elevadas crestas; los árboles no visten su manto ordinario de hojas y flores, dejando ver su tronco descarnado; los ríos se abultan y se multiplica el volumen de sus aguas; la tierra viene hácia nosotros como traída por una fuerza sobrehumana.

MATALI. Bien has hablado. Mira, ¡qué hermosa es la tierra bienhechora!

REY. Mátali, ¿qué monte es aquel cuyos cimientos se bañan en el Océano, semejante á un muro de gruesas nubes en el crepúsculo vespertino, del que baja un torrente de plata?

MATALI. El de los siervos de Kuvêra (1), llamado Hematuka; es el lugar donde se practica el más perfecto y acabado Tapas. Prachapati, hijo de Maric'i, que á su vez lo fué de *Brahma* (2), maestro de los dioses, vive allí con su esposa, entregado á la práctica de perfectísimo Tapas.

REY. No está bien pasar de largo cuando tan cerca se tiene la fortuna. Voy á ofrecer mis servicios y respetos á los venerandos maestros de los dioses.

MATALI. ¡Magnífica idea! (Baja un poco más la carroza.)

REY. ¿Qué veo? El roce de las ruedas no produce ruido ni levanta polvo del suelo, aunque hemos bajado á tierra.

MATALI. Eso te da á conocer la distancia que hay entre un Rey de la tierra y el poderoso Indra.

REY. ¿Hacia qué punto está situada la Laura del hijo de Maric'i?

MATALI. (Señalando con la mano.) Mira, un poco más allá de esa arboleda está el sabio, firme, inmóvil, como el tronco de un árbol, vuelto hácia el

traste con todo el poder de los dioses, y se le presentó Vishnu en figura de enano, pidiéndole el dominio sobre la pequeña porción de tierra que pudiese medir con tres pasos. No vió el gigante inconveniente en concederle tan modesta demanda, y obtenida, se extiende Vishnu tomando proporciones tan fabulosas, que con los tres pasos midió el espacio de los tres mundos: con el primero la tierra; la región del aire con el segundo, y con el tercero el cielo. La región del aire quedó entonces libre de tinieblas. Sobre Vishnu, véase *Vikramorvaçi*, páginas 126-128.

(1) *Kuvera*, el dios de la riqueza.

(2) El padre creador ó generador de los seres en la teología india es *Brahma*; la palabra más importante de la mitología y filosofía sanskrita, y como el círculo alrededor del cual se mueve toda la vida espiritual del indio y término de sus especulaciones y de sus esperanzas. Desde muy antiguo designó la idea de la causa primordial de la existencia de lo absoluto. Pero la significación primitiva de la palabra fué más material y práctica.

* Véanse los números 40, 41, 42, 43, 48 y 49, páginas 155, 184, 215, 524, 417 y 449.

(1) *Leon-hombre*, la cuarta encarnación de Vishnu, que en esta forma bajó á la tierra á destruir al gran gigante *Hiranyakacipu*.

(2) El gigante *Mahábali* había alcanzado por la virtud del Tapas una influencia y un poder extraordinarios, de que los dioses, como en muchos otros casos análogos, se mostraban celosos. Estaba en una ocasión ocupado en celebrar un gran sacrificio, con el que pretendía dar al

sol su venerable rostro, los ojos siempre fijos en el suelo, sumergido hasta medio cuerpo en un monton de tierra, que tambien sirve de guarida á innumerables y dañinos insectos, cubierto el otro medio de piel de culebra; con el cuello cerrado de Lianas, que de todos lados le vejan y molestan; una inmensa trenza de pelo le baja en mechones por la espalda y sirve de nido á las aves de los aires.

REY. Rindamos veneracion al invencible penitente.

MATALI. (Ata las bridas á la carroza.) Rey poderoso, hemos llegado al retiro de Prachapati; aquí crecen los árboles Mandáras que cuida Aditi (1).

REY. Esta mansion es más preciosa y apreciable que el cielo de Indra; el corazon se encuentra en ella como bañado en un lago de ambrosia.

MATALI. Baje el Rey augusto.

REY. (Lo hace.) Y tú, ¿qué piensas hacer?

MATALI. Bajar también á tierra. (Hace lo dicho.) Mira, en ese bosque está la silenciosa Laura de los santos Rishis.

REY. Mirando estoy asombrado. Los moradores de esta selva deben alimentar su alma del más puro de los elementos; hacen las abluciones sagradas con agua y polvo de dorado Lotos; se entregan á la contemplacion sobre piedras salpicadas de joyas; guardan continencia viviendo entre mujeres divinas; practican en perfectísimo grado el Tapas con que los sabios obtienen los más altos honores.

MATALI. Las aspiraciones de los grandes corazones no encuentran límites. (Anda unos pasos.) ¡Eh, Vridhaçákalya! ¿qué está haciendo el santo Máric'a? ¡Eh! ¿no contestas? Ya lo sé. Consultado por Dákshani sobre los deberes de una mujer fiel á su esposo, está instruyendo en la materia á todas sus mujeres.

REY. Para emprender una obra importante se deben aprovechar las ocasiones propicias.

MATALI. Toma asiento en este tronco de Açoka; yo entre tanto me adelantaré á pedir audiencia para presentarte al maestro de los dioses.

REY. Haz como te parezca. (Se sienta.)

MATALI. Espérame. (Sale.)

REY. (Ejecuta ciertos movimientos.) Este brazo me pica como si algun deseo se me hubiese de lograr pronto. ¡Vana esperanza! La dicha que mi corazon ha despreciado se ha convertido en desgracia. (Detrás del escenario una)

VOZ. Niño, no hagas locuras; ¿qué es eso? ¿Vuelves á recobrar tu carácter indómito y fiero?

REY. (Escucha con atencion.) ¡Cosa extraña! No es esta mansion de corazones orgullosos. Y sin embargo, algun niño inquieto y altanero corre cerca de aquí. (Mirando hácia el lado de donde partió la voz.) ¡Hola! ¿Quién será este niño de noble y varonil aspecto? Dos doncellas le siguen y guardan con cuidado. ¡Qué portento! Viene arrastrando con violencia á un cachorrito de leon que no ha mamado el tiempo necesario el pecho de su madre; los halagos y juegos infantiles del niño han puesto en desórden las melenas de la pequeña fiera. (Entra el niño en la ocupacion indicada y detrás las doncellas.)

NIÑO. Abre la boca, voy á contar tus dientes, cachorillo.

DONCELLA 1.ª ¡Cruel! ¿Por qué molestas á los ani-

males, que son semejantes á nuestros hijos? Veo que tu carácter indómito va siendo cada dia más fiero. Con razon los sabios Rishis te pusieron el nombre de *Sarvadamana* (1).

REY. ¡Eternos dioses! ¿Qué siento? En mi corazon se despierta un impulso de amor hácia este niño, fuerte como el cariño de un padre. ¡Miserio de mí, fué una ilusión! La falta de hijos me ha hecho tan sensible al cariño de los extraños.

DONCELLA. De seguro que la leona te va á coger entre sus garras si no sueltas á su hijito.

NIÑO. (Sonriendo.) ¡Huy! ¡Tengo un miedo terrible!

REY. En este niño se oculta, seguramente, el germen de una fuerza invencible. Firme está delante de la fiera como fuego chispeante que espera nuevo combustible.

DONCELLA 1.ª Niño, deja en libertad á este príncipe de los animales, y yo te daré otro juguete.

NIÑO. ¿Dónde está? Dámele. (Alargando la mano.)

REY. En todo su porte lleva las señales que distinguen á los grandes héroes de la tierra. Esa linda mano extendida hácia el objeto que su corazon desea, es semejante al hermoso capullo de flor Lotos, de tupidas hojas y color rosado, abriéndose al influjo de los primeros rayos de la aurora.

DONCELLA 2.ª Suvrata, ya ves que desprecia nuestras palabras. Anda, busca en mi tienda el pavo real del niño Márkandeya, hecho de barro pintado y tráele para éste.

DONCELLA 1.ª Voy al punto.

NIÑO. Pero yo no quiero jugar más que con éste. (Mira á la doncella y se rie.)

REY. El impulso que me arrastra hácia este niño se hace por momentos más fuerte. Afortunados son los que tienen la dicha de llevar en los brazos á sus hijos, cuyos dientes, como botoncitos de flor, apenas son visibles; que rien sin cesar con infinita gracia y pronuncian palabras que, sin ser comprendidas, producen encanto.

DONCELLA 2.ª Está bien; no haces caso de mis palabras: llamaré á uno de los mozos de la casa. (Viendo al Rey se dirige á él.) ¡Gracioso señor! Ven y libra á este pobre cachorrito de leon de las manos duras y crueles de este niño, que le atormenta con sus juegos infantiles.

REY. (Acercándose.) ¡Eh! Si eres hijo de un sabio ¿por qué obras de esta manera contra los sentimientos de tu padre que se complace en proteger á todo ser viviente? ¿No sabes que quebrantas las reglas de la vida solitaria haciendo como el engendro de la serpiente negra con la planta del sándalo?

DONCELLA 2.ª Amable señor, este niño no es hijo de un sabio ni de anacoreta.

REY. Su porte, como sus actos, son claras señales de la nobleza de su origen. (Hace lo que le pidió la doncella, y al tocar al niño exclama) ¡Cosa extraña! Un ligero contacto con el cuerpo de este niño, que me es desconocido, produce en el mio delicia suma y la conmocion más agradable: ¡cuánto placer y cuánta dicha sentirá el corazon del que fué autor de sus dias!

DONCELLA 2.ª Una cosa me admira y me sorprende.

REY. ¿Cuál es, jóven amable?

DONCELLA 2.ª La semejanza que observo en el

(1) Aditi, hija de Daksha y esposa de Máric'a, con otras doce hermanas suyas; Aditi era la mayor. (Cp. Wilson, *Vishnupurana*, p. 50.)

(1) Significa «el que todo lo vence».

rostro de este niño con el tuyo: y sobre todo, me extraña, el que, sin conocerte, se muestre contigo tan afable.

REY. (Acariciando al niño.) Dices que no es hijo de un sabio: ¿cuál es, pues, el nombre de su familia?

DONCELLA 2.ª Paurava.

REY. (Aparte.) ¡Extraño suceso! ¿Es quizá precioso vástago de mi familia? Ahora lo comprendo; por eso es natural que haya encontrado en su rostro alguna semejanza con el mio. Este niño es la última esperanza de la familia de los Páuravas: de los héroes ilustres que establecen primero su morada en mansiones preciosas donde los placeres abundan y los hombres bullen, para regir desde allí los destinos de la tierra, y despues fijan sus tiendas en bosques silenciosos donde cumplen sus votos de abnegacion y penitencia (Alto.) Pero dime, ¿cómo se ha escogido este retiro por morada de hombres tan ilustres?

DONCELLA. No ha sido por eleccion voluntaria. Su madre dió á luz en la morada del maestro de los dioses por haberlo dispuesto así la madre de ésta, que es una de las Apsaras más celebradas del Olimpo.

REY. (Aparte.) ¿Será posible? Un rayo de dulcísima esperanza se enciende de nuevo en mi corazon. (Alto.) ¿Cómo se llama el sabio afortunado que comparte con esa dama su vida y sus amores?

DONCELLA 2.ª No me atrevo á pronunciaros el nombre de un infiel que abandona á su legitima esposa.

REY. (Aparte.) ¿Seré yo el aludido en estas palabras? ¡Vana ilusion! ¿Pregunté acaso por el nombre de la madre de este niño? No está bien que yo me ocupe de la mujer de otro. (Entra con el pavo real de barro en la mano la)

DONCELLA 1.ª Sarvadamana, mira qué lindo es este *Çakunta* (1).

NIÑO. (Mirando con interes.) ¿Dónde está mi madre?

DONCELLA 2.ª El cariño que tiene á su madre y la semejanza de los nombres le han hecho pensar en ella. Niño, te ha dicho que mires el bonito pavo real de barro que trae para tí.

REY. (Aparte.) ¿Estoy soñando? ¿Será Sakúntalâ el nombre de su madre? ¡Ilusion! ¡Hay tantos nombres semejantes!... Pero mi corazon cobra nueva esperanza... Ese nombre ha producido en mi ánimo sediento la inquietud y la ansiedad que siente el viajero al ver en lontananza las fallaces aguas del desierto!

NIÑO. Este pavo real me gusta mucho. (Toma el juguete.)

DONCELLA 1.ª (Le examina y se aturde.) ¡Oh dolor! Se ha perdido el castillete que protegía la articulacion de la pata del pavito.

REY. No te asustes. El cachorrito de leon ha chocado con él y se ha caído al suelo. Aquí está. (Levanta del suelo la pieza.)

DONCELLA 1.ª ¡No le toques!... ¿Cómo? ¿Le toma en sus manos sin sufrir daño alguno? (Se miran asombradas.)

REY. ¿Por qué te opones á que levante el juguete?

DONCELLA. Escucha, gran Rey: el santo Mãric'a dió al niño esta pieza hecha de la planta Apára-

chita, en la festividad de Châtakarma (1). Pero dijo que, si cayese á tierra, nadie sino sus padres ó él mismo podrían levantarla.

REY. ¿Y qué pasaría si alguien quebrantaba este mandato?

DONCELLA 1.ª Se convierte la pieza en serpiente y muerde al atrevido.

REY. ¿Habeis presenciado vosotras alguna vez ese cambio?

DONCELLA 1.ª Muchas veces.

REY. (Aparte. Con alegría.) ¿Qué más espero? ¿No están ya plenamente cumplidos mis deseos? (Abraza al niño.)

DONCELLA 2.ª Suvrata, ven, vamos á contar este suceso á la hermosa Sakúntalâ, que estará ocupada en prácticas piadosas. (Salen apresuradamente.)

NIÑO. Déjame, yo tambien quiero ir á donde está mi madre.

REY. Hijo mio, espera y saludarás conmigo á la madre querida.

NIÑO. Mi padre es Dushyanta, no tú.

REY. ¡Oh, placer! Esta misma negativa del niño acaba de fortalecer mi esperanza. (Entra Sakúntalâ con el pelo en una trenza, en señal de dolor.)

SAKÚNT. (Aparte.) Si el amuleto de Sarvadamana ha permanecido en su estado ordinario, debiendo haberse transformado, como dicen, se apagará en mi pecho el último rayo de esperanza; ya no se aplacarán mis crueles destinos... Con todo, Sanumati me ha dicho que este suceso pondrá tal vez fin á mis desgracias...

REY. (Viendo a Sakúntalâ.) ¡Oh, qué ventura! Es Sakúntalâ, mi amada. Traje de dolor cubre su perfectísimo talle. Los pesares han abatido su lindo y gracioso rostro: en señal de duelo lleva puestos sus bellísimos cabellos en una sola trenza. ¡Oh, destino cruel! así habrá esperado en perfectísima vida el término de nuestra separacion, á que por mis extravíos fuimos condenados.

SAKÚNT. (Mirando con atencion al Rey, que se presenta desfigurado por los pesares.) ¡Oh, ilusion! No es mi esposo.— Pero... sí, él es, ¿quién sino se atrevería á manchar con su contacto á mi hijo, que ha recibido hoy mismo el amuleto de la fortuna.

NIÑO. (Ve á su madre y corre hácia ella.) ¡Madre mia! ¿Quién es este hombre que me llama hijo y me abraza?

REY. Bella mia, si ántes fui cruel contigo, hoy ha llegado el término feliz de nuestra desventura. El velo que en aquel dia aciago te ocultó á mis ojos, se ha rasgado.

SAKÚNT. (Aparte.) ¡Corazon mio! Ten valor y confianza. El cruel destino, compadecido al fin de tus infinitas desgracias, se vuelve amigo y te presenta al amado esposo.

REY. Amada mia, dias de ventura nos ofrece la fortuna. Al verte graciosa y amable como en otro tiempo, se disipan las negras tinieblas que me tenían velada la memoria, y á los resplandores de esta nueva luz se une para siempre Rohinî con la hermosa luna.

SAKÚNT. (A media voz.) Que los dioses ensalcen tu glorioso nombre. (Llora.)

REY. Esposa amada, no es hoy dia de llanto;

(1) Es una ceremonia que se practica con los niños al cortarles la cuerda umbilical, que consiste en tocar su lengua con cierta sustancia, diciendo varias oraciones. Cp. Wilson, diccionario.

(1) Çakunta, nombre sanskritto del pavo real.

levanta del suelo tus lindos ojos y alégrate, que hoy he añadido á mis timbres de gloria otro más sublime, al tener la dicha incomparable de hablarte y de ver tu hermoso rostro.

NIÑO. Madre mia, ¿quién es este guerrero?

SAKÚNT. Ya te lo dirán tus destinos.

REY. (Se echa á los piés de Sakúntalâ.) Bella mia, cese ya el dolor que en tu alma produjeron mis desdenes. La turbacion de mi ánimo fué causa de tanta desventura; que así ofusca el destino con negras tinieblas á los que más ha encumbrado la fortuna, á la manera que el ciego arroja de su cabeza la corona de flores creyendo que le oprime una serpiente.

SAKÚNT. Levántate, esposo mio. Tal vez cometí yo alguna falta que en aquellos dias me hizo adversa la fortuna y merecí por ella que el esposo, que ántes siempre fué conmigo atento y generoso, se mostrase insensible á mis razones. (Se levanta el Rey.) Ahora dime, ¿cómo ha vuelto á tu memoria el recuerdo y á tu corazon el amor de está desgraciada?

REY. Todo te lo contaré en cuanto arranques de mi corazon la flecha del dolor. Deja que limpie de tu hermoso rostro esas lágrimas que ántes, en la turbacion de mi mente, he despreciado, más preciosas que perlas, y arrancarás de mi corazon la tristeza y de mi alma el arrepentimiento. (Lo hace.)

SAKÚNT. Esposo amado, ese anillo que llevas es la joya misteriosa de que te hablé en aquel terrible dia.

REY. Y por él precisamente empecé á recobrar la memoria de lo pasado.

SAKÚNT. No estuvo bien que se ocultase en el momento en que era más necesaria su presencia.

REY. Ahora toma tú, hermosísima Liana, esta flor como prenda de tu union perpetua con la primavera de la dicha. (La entrega el anillo.)

SAKÚNT. No confío más en su virtud engañadora, guárdalo tú. (Entra.)

MATALI. ¡Dichosos sean los amantes! El Rey valeroso ha tenido la fortuna de hallar á la perdida esposa y de ver el rostro de su hijo.

REY. Felicidad incomparable ha coronado en un momento los deseos de mi alma. Mátali, ¿tendrá el gran Indra noticia de este suceso?

MATALI. (Sonriendo.) Nada hay oculto para el príncipe de los dioses inmortales. Ven, afortunado príncipe; el venerable Máric'a te espera.

REY. Sakúntalâ, toma al niño; quiero que tú también saludes al gran Rishi.

SAKÚNT. Tengo vergüenza de presentarme con el amado al maestro.

REY. En momentos extraordinarios es preciso obrar segun las costumbres recibidas. Ven, no tengas reparo. (Al tiempo de salir entra Máric'a con Aditi, llevados en una silla.)

MARIC'A. Dákshâyani, este es el príncipe Dushyanta, el más valeroso en los combates de Indra, tu hijo invencible, que rige y gobierna el mundo con notable acierto. Terminadas felizmente sus hazañas, lleva puesto por adorno de su arco una punta del rayo de Indra.

ADITI. Su noble porte demuestra bien su gloria y el poder de su brazo.

MATALI. Príncipe augusto, los padres de los dioses inmortales te aman como á hijo muy querido; ven, pues, y acércate á los reyes del Olimpo.

REY. Con profundo respeto me acercaré á los sagrados esposos, hijos de Daksha y de Maric'i; que los sabios llaman fundamento de la luz en sus doce formas diferentes; que engendraron y dieron sér al Señor de los tres mundos y príncipe de los dioses inmortales, que descienden de Brahma, y por cuyo medio, Vishnu, el Supremo de los séres, vino al mundo de los hombres.

MATALI. Rectamente has hablado.

REY. (Se postra á sus piés.) A vuestros piés cae prostrado Dushyanta, el siervo de Indra.

MARIC'A. Hijo mio, vive largos años y sé protector de los débiles mortales.

ADITI. Sé invencible en todas tus empresas.

SAKÚNT. Os saludo en mi nombre y en el de mi amado hijo.

MARIC'A. Hija mia, tu esposo es semejante á Indra y tu hijo es fiel modelo de Chayanta; no hay para tí bendicion más gloriosa que ésta, sé tú semejante á Paulomí (1).

ADITI. Honrada seas siempre por tu esposo; que tu hijo viva largos años y sea la gloria de tu casa. Tomad asiento. (Todos se sientan á los lados de Prachapáti ó Maric'a.)

MARIC'A. Un suceso próspero tiene lugar en estos momentos. La virtuosa Sakúntalâ, este gracioso niño y el príncipe ilustre; fe, riqueza y ley; esta trinidad formará desde hoy un solo cuerpo.

REY. Nobilísimo señor, aunque ántes he recibido de tí señalados favores, no los he conocido hasta este dia; tu benevolencia conmigo no tiene límites. Porque á la manera que en la naturaleza causas y efectos se suceden, aparece primero la flor y luego el fruto; las nubes son precursoras de las aguas, así á tus favores precede la bendicion.

MATALI. Así reparten sus gracias los dioses creadores.

REY. Señor, aunque al rechazar á la esposa amada obré bajo la influencia de ineludibles destinos, tal vez ofendí con mi conducta á Kanva, vástago de vuestra nobilísima familia. Lo que despues ha pasado me parece cada vez más admirable. Como aquel que teniendo ante sus ojos un elefante, niega su existencia, y cree en ella á la simple vista de sus huellas, tal me encontré yo, turbado el ánimo y perdida la memoria.

MARIC'A. Hijo mio, no tengas temor por lo malo que hayas hecho. No eres tú culpable de esa turbacion de las potencias. Escucha.

REY. Estoy atento.

MARIC'A. Cuando Menakâ se presentó á Dakshayani con Sakúntalâ, despues de su descendimiento al lago de las Apsaras, tuve noticia, por virtud sobrehumana, de que la turbacion de tu mente era consecuencia de la maldicion de Durvâsas. Y no fué otra la causa. Supe tambien que este anillo pondría término á vuestra desgracia.

REY. Grande es mi placer al saber que estoy libre de culpa en este asunto.

SAKÚNT. (Aparte.) ¡Soy dichosa! El esposo no me repudió por voluntad propia; fuera, pues, con los tristes recuerdos del pasado. ¿Pero qué digo? Yo misma atraje sobre mí esta maldicion insana. La ausencia del amado produjo en mi corazon tal vacío, que no supe siquiera conservar

(1) Esposa de Indra.

el anillo y presentarle al amado, según me tenían advertido mis amigas.

MARIC'A. Hija mía, ahora que ves logrados tus deseos, haz de modo que no merezcas sino el cariño de tu esposo, en cuyo corazón y espíritu dominas como señora absoluta. En un espejo cubierto de manchas no penetra la imagen; pero si la superficie está clara y tersa, fácilmente la recibe.

REY. Señor: ¿y qué decís de este niño, que es la gloria y la esperanza de mi casa ilustre? (Le presenta á Maric'a.)

MARIC'A. Te anuncio que será un gran Rey y sujetará la tierra. Tu hijo no tendrá igual entre los héroes del orbe. Traspasará veloz los dilatados mares, y se hará obedecer en la tierra de siete islas. Entonces, su nombre que, por la fuerza irresistible con que sujeta las fieras es *Sarvadamana*, será cambiado en el de *Bharata*, porque será conservador del mundo.

REY. Sé que habeis practicado con él las sagradas ceremonias de la infancia, y tengo segura esperanza en el cumplimiento de vuestras promesas.

ADITI. Conviene participar á Kanva que sus deseos, respecto á Sakúntalá, se han cumplido. Y á Menaká, que ama á su hija con delicada ternura, la debemos también este servicio.

SAKUNT. (Aparte.) La venerable señora ha interpretado mis sentimientos.

MARIC'A. Por la virtud del Tapas puede Kanva tener noticia de estos hechos.

REY. El noble solitario no tendrá ya motivos de resentimiento contra mí.

MARIC'A. Con todo, es conveniente que le enviemos un mensaje sobre este feliz desenlace de los acontecimientos. Venga, pues, un ayudante. (Entra un)

DISCÍPULO. Señor, aquí estoy.

MARIC'A. Chálava, marcha al instante por los aires y anuncia á Kanva este mensaje: «libre de la maldición del Rhisi ha reconocido Dushyanta á Sakúntalá por esposa muy amada, que además tiene la dicha de ser madre de un hijo ilustre.»

DISCÍPULO. Sereis al punto obedecido. (Sale.)

MARIC'A. Hijo mío; entre tanto, sube con tu esposa é hijo á la carroza de Indra y partid juntos para vuestra corte.

REY. Prontos estamos á obedecer vuestras órdenes.

MARIC'A. Escucha mi bendición: que Indra envíe lluvias copiosas sobre tu reino y bendiga el trabajo de tus vasallos: tú, ofrece ricos presentes á los dioses y recibirás dones sin medida. Vivid en paz y ventura cien ciclos, y haced obras dignas de ser alabadas por las generaciones venideras.

REY. Con ánimo esforzado entraré por la senda de la virtud.

MARIC'A. Si alguna cosa más deseas de mí, habla y serás complacido.

REY. Nada más glorioso puede ambicionar mi corazón que lo que habeis anunciado. Mi último y principal deseo es que se cumpla esta ley del gran Bharata: atienda el soberano á hacer la dicha de todos sus vasallos; Sarasvati (1) ocupe

el primer puesto entre las ciencias que se cultivan en su reino: si así lo hiciere, el dios increatedo y clemente hará también gloriosa y elevada su segunda vida. (Salen todos.)

FIN DEL ACTO SÉTIMO Y DEL DRAMA.

FRANCISCO GARCÍA AYUSO.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo científico y literario.

CIENCIA PREHISTÓRICA.

6.ª LECCIÓN.—26 ENERO.

IMPORTANCIA DE LA PALEOANTROPOLOGIA.

Terminada la reseña del Congreso de Stokolmo como natural introducción al curso, ya que por ella es fácil persuadirse de la importancia de la Arqueología prehistórica y de los progresos en los últimos años por ella realizados, estamos ya en el caso de entrar de lleno en materia. Y supuesto que, según os signifiqué al dar fin á la última conferencia, todavía se juzga apasionadamente entre nosotros por causas muy diversas á la paleo-antropología, conviene ante todo que pongamos en claro este asunto, rechazando con todas nuestras fuerzas cuantas exageraciones gratuitamente se le atribuyen por los que ó no la conocen cual debieran, ó quieren ponerla al servicio de intereses y miras particulares.

Es de todo punto incuestionable, que la historia, tal como se ha considerado hasta estos últimos tiempos, puede decirse que es un ramo incompleto del saber, comparable en cierto modo á un edificio sin cimientos; pues partiendo desde cierto grado del desarrollo humano, muy distinto en las diferentes comarcas y no desde su comienzo, claro es que se llegaba por semejante camino á un punto en que, interrumpido por falta de datos el natural encadenamiento de los hechos, no era posible relacionar el consecuente con el antecedente, ni llegar á conocer la razón que une á todos los términos de tan maravillosa cuanto complicada serie de humanas actividades. Era este método tanto más de extrañar, cuanto que los grandes maestros habían ya dicho que la historia es el desenvolvimiento de la humanidad, tomada desde su principio; no obstante, lo cual, lejos de esforzarse en inquirir el origen de nuestra especie, contentábanse en arrancar de datos tan inciertos como la fábula, la leyenda ó la tradición, sin echar de ver que las últimas en especial, suponen la existencia de otros pueblos, de quienes la relación de los hechos narrados ó inventados procedía. En este estado las cosas, vino la ciencia geológica á demostrar con irrecusables pruebas, que más allá de lo que en los diversos países servía de punto de partida para la humana historia, existen datos que pueden esclarecer el problema, completando con los primeros eslabones la serie de hechos que constituyen la característica de la verdadera historia.

Pero ocurre que estos datos por la ciencia geológica suministrados, no son de la misma índole que los que servían para la historia tal como hasta entonces se había considerado; y para comprender su significación, era preciso abandonar la marcha adoptada de registrar archivos y es-

(1) La esposa de Brahma, diosa de la elocuencia y protectora de las artes y de las ciencias.

crutar monumentos, y aceptar de lleno el método que á la geología y demás ciencias naturales conviene. Ya éste era uno de los graves inconvenientes con que había de tropezar el ramo nuevo, pues para llegar á conocerle era de todo punto indispensable cultivar un poco, y mejor un mucho, la geología; y como á esto no se estaba muy dispuesto, y contrariaba por otra parte á los que se creían en posesion de la verdad histórica sin acudir á la nueva fuente de conocimientos, de aquí resultó el que muchos prefirieran á la meditación, el negar en un principio la solidez de esta piedra del edificio que se levantaba. Andando sin embargo el tiempo, fué esclareciéndose la materia hasta el punto de que, no pudiendo negar la evidencia de los hechos recogidos, hubo de acudirse á otro subterfugio, creyendo los detractores que esto les eximía de iniciarse en su estudio: dijose entónces, con efecto, que las miras de la ciencia eran heterodoxas, tomando de este modo el asunto un carácter que, mientras á los materialistas y ateos les halagaba creyendo ver en lo prehistórico un poderoso ariete para destruir el fundamento del dogma católico, asustaba á las personas timoratas, y hasta las mismas hipócritas, que por desgracia no faltan entre nosotros, aparentan asustarse al solo anuncio del objeto que aquella se propone dilucidar. De donde resulta, que quien de buena fe y llevado tan sólo del noble deseo de que su patria no permanezca extraña al movimiento científico europeo, se dedica á propagar por medio del libro y de la cátedra la nueva ciencia, se ve ruda y despiadadamente combatido por unos y por otros, porque no doblegándose á ridículas exigencias, ni rindiendo culto más que á la verdad, mientras aparece peligroso en concepto de los que en ello ven un ataque á la religión, no es bastante explícito en sus conclusiones en sentir de los que quisieran ver á la ciencia en contradicción con el Génesis. Llámánle aquellos hereje ó poco menos; calificanle éstos de espíritu débil ó tal vez de hipócrita y complaciente adulator de la general creencia, y no saben unos y otros que, firme en sus convicciones, desprecia tan gratuitas como infundadas calificaciones el hombre sincero y de buena fe que profesa la ciencia, y que sólo desea la mayor suma de ilustración posible para su país. Remedando una frase antigua, podría aquí decirse á los exageradores y exaltados de ambas escuelas: *pega ó califica, pero estudia*; seguro de que sólo el estudio puede dar la razón al que de derecho la tenga.

Ha contribuido también á desprestigiar entre nosotros lo prehistórico, la creencia arraigada entre muchas gentes poco conocedoras del asunto, pero que fácilmente se erigen en autoridades poco caritativas, de haber servido de fundamento á la teoría evolucionista que nos hace descender, no ya del mono, sino del molusco ó del plasma orgánico. En este punto el desconocimiento de la cuestión ha engendrado un error tan fatal como la causa que lo originó; pues aun dejando aparte á todos los antecesores de Darwin, que precedieron en mucho tiempo á la ciencia prehistórica, debe recordarse que la obra del naturalista inglés sobre el origen de las especies, verdadero punto de partida de la especie de resurrección de las ideas y teoría de Lamarck, apareció en Inglaterra en 1860, y en 1862 su traducción al francés; es decir, cuatro y dos años respectivamente ántes

del famoso descubrimiento de la mandíbula y utensilios de piedra de Moulin Quignon, de donde puede decirse que arranca la ciencia pre ó antehistórica. Toda la perseverancia hasta entónces desplegada por el inmortal Boucher de Perthes, se había estrellado, con efecto, ante la indiferencia de sus contemporáneos; y sólo el hallazgo de la mandíbula y de otros restos humanos fósiles, y su asociación en un depósito cuaternario intacto y no removido, con huesos de mamíferos extinguidos y con claros vestigios de la primitiva industria, podía llevar el convencimiento al ánimo de los más refractarios, y sabido es cuanto se disputó por personas peritísimas la verdadera significación de aquellos hechos. Mal pudo, de consiguiente, lo prehistórico servir de motivo á la teoría de Darwin, cuando ésta no sólo fué anterior en su manifestación externa por medio del libro sobre las especies, sino que con más razón precedió al origen y desenvolvimiento de la idea que nació y fué tomando cuerpo en la mente de aquel y de Wallace sobre veinte años ántes.

Se dirá que muchos, valiéndose de la notoria antigüedad que la geología asigna al hombre, han exagerado este dato que creen favorable á la teoría evolucionista ó trasformista, y que otros quieren ver en los caracteres que ofrecen los primitivos restos del hombre otro apoyo de su descendencia símica; pero, por ventura, ¿existe doctrina alguna, por excelente que sea, de la cual no se haya querido abusar? ¿y debe por ello hacerse responsable á la ciencia ó á la doctrina de semejantes extravíos? Cerrando los ojos á la evidencia de los hechos, ¿no hay quien niega, que es cuanto la pasión ó la ignorancia pueden negar, el estado de rudeza é incultura del hombre que sólo nos legó como testimonio de su actividad intelectual armas y utensilios toscos de piedra? ¿Y no es esto consecuencia lógica, siquiera fatal, de una falsa ó exagerada interpretación del pasaje del Génesis, en que Moisés dice que Dios creó al hombre perfecto, lo cual no quiere decir que lo hiciera sabio de un golpe, pues esto equivaldría á negar su evidente y palmaria perfectibilidad?

No, señores, lo prehistórico serio nada tiene que ver con el darwinismo; sin que esto sea negar que muchos de los que cultivan aquel ramo del saber se muestren decididos partidarios de la teoría evolucionista y que aduzcan razones fundadas en lo que aquella enseña en pro de su doctrina. Tampoco debe ocultarse que muchos se encierran voluntariamente en la cronología puramente humana y en manera alguna dogmática del P. Petavio, para rechazar la antigüedad de nuestra especie, sin tomarse siquiera la molestia de examinar á fondo la cuestión. Con efecto, la Iglesia católica no admite ni aquella ni ninguna otra de las muchas cronologías que se conocen, como fundamento del dogma, dejando completamente libre la cuestión, según se desprende de lo que un sabio jesuita dijo en una Revista científica que se publica en París, quien, tratando esta delicada materia, lejos de rechazar lo que la ciencia hoy demuestra, lo acepta de buen grado, y parodiando la célebre frase de San Agustín, exclama: *In dubis libertas*. Sin necesidad de fijar época, la Iglesia reconoce como bases del dogma la creación, la caída por el pecado y la redención.

La ciencia no puede ni, en mi concepto, debe intervenir en los dos últimos puntos desde el mo

mento en que son puramente dogmáticos; pero si el que desapasionadamente la estudia cree encontrar en ella datos que robustecen el no ménos importante de la creacion del hombre, y pruebas en contra de la teoría que prescinde del Supremo Hacedor para explicar el origen, así de la nuestra, como de las restantes especies orgánicas, debe cultivarla y darla á conocer, sin que le arredren los calificativos que esta conducta le proporcione. Y si despues de estudiar á fondo la cuestion del origen, fundado en los datos que la Geología y demas ciencias le suministran, aborda la de la notoria antigüedad del hombre, en la cual encuentra otro argumento poderoso en pro de la unidad de su especie y de su cuna, no sólo puede prestar con ello un grande é indisputable servicio á la Historia, encerrada hasta el presente en límites sobre estrechos y reducidos, sino que da pruebas hartó claras de hacerse superior á ciertas pequeñeces, hijas de la escasa caridad y de la menor afición al estudio de determinadas gentes.

Dadas estas explicaciones, indispensables para que cada cual quede en el lugar que le corresponde, y con el fin tambien de hacer que desaparezcan injustas cuanto inmotivadas prevenciones que dicen muy poco en favor de nuestra cultura, es llegado ya el caso de dar á conocer la ciencia que tan encontradas opiniones ha motivado.

Ciencia prehistórica es la que trata de todo lo relativo al hombre anterior á lo que hasta el presente se ha considerado como comienzo de la Historia: en otros términos, todo lo referente al hombre tomado desde su aparicion en la tierra hasta los tiempos impropriamente dichos históricos, es del dominio de esta ciencia; y como quiera que durante gran parte de dicho período encontramos á nuestra especie en condiciones de fosilización, idénticas á las de otros seres animales y vegetales, de aquí el llamar tambien á esta ciencia Paleontología humana, y mejor Paleo-antropología, tratado del hombre primitivo ú hombre fósil. Fijándose algunos en que lo mismo puede estudiarse al hombre considerado en sí, que por medio de sus obras, llaman á la ciencia Arqueología prehistórica ó Paleo-arqueología. En mi opinion, la palabra que mejor sintetiza el concepto de estos estudios es la Paleo-antropología, ó sea, tratado del hombre antiguo, bajo cuya denominacion se entiende el exámen de los restos humanos, sean ó no fósiles, y tambien el de las variadas manifestaciones de su actividad física intelectual y afectiva, verdadero modo de considerar á nuestra especie en toda su plenitud.

Tres puntos principales se propone esclarecer la ciencia, y son: el de la naturaleza física, fundada en los restos que se encuentran en las últimas capas terrestres; el origen, el modo ó el cómo apareció nuestra especie en la tierra, y por último averiguar el cuándo, ó en otros términos, su antigüedad.

Tocante á la naturaleza, no nos proponemos dar un curso de Anatomía y Fisiología humana, que es lo que hasta hace poco se ha considerado como Antropología, sino tan sólo probar que, ofreciendo nuestra especie, como las demas, desde su origen idénticos caracteres físicos, ha de ser fácil reconocerla allí donde se encuentre y en cualquier estado en que se halle.

JUAN VILANOVA.

Academia de Ciencias de Paris.

11 ENERO.

Quatrefages: Razas humanas fósiles.—Eleccion de un Académico.—Forel: El oleaje del lago Lemán.

M. de Quatrefages presenta en nombre de M. Hamy y en el suyo, la tercera entrega de la obra sobre los cráneos de las razas humanas, y hace constar que, despues de la impresion de la segunda, se han confirmado por nuevos hechos las conclusiones en ella establecidas. El descubrimiento hecho por los señores Lartet y Dupart en Sorde, entre las Landas y los Bajos-Pirineos es de la mayor importancia; pues se han encontrado superpuestos, en una gruta, objetos fabricados por el hombre en las dos épocas paleolítica y neolítica. El estudio de estos objetos y de diez y seis cráneos encontrados entre ellos, permite asegurar que la raza de Sorde es la misma raza de Cro-Magnon estudiada ántes, y constituye una nueva prueba de que las razas humanas han sobrevivido á los últimos grandes fenómenos geológicos, y una seguridad contra la existencia del gran hiatus que algunos hombres eminentes han creído ver entre las poblaciones paleolíticas y neolíticas.

La existencia de la raza de Cro-Magnon en las cercanías de los Pirineos, explica que M. Hamy haya podido encontrar descendientes de ella en medio de las poblaciones modernas de la indicada comarca.

—Procédese á la eleccion de un miembro correspondiente para la seccion de mecánica, en reemplazo del difunto M. Burdin, y resulta elegido por mayoría absoluta M. Broch.

—M. F. A. Forel presenta una nota sobre el oleaje del lago Lemán, fenómeno considerado hasta ahora como accidental y raro, y que, segun M. Forel, puede tenerse por constante y por comun á todas las cuencas de agua que están cercadas por tierra. M. Forel llama *seiche* á este oleaje de oscilacion fija, determinado, siguiendo uno de los diámetros de un lago, por una causa exterior, tal como un temblor de tierra ó la accion del viento.

18 ENERO.

El *phylloxera* de las patatas.—Becquerel: La temperatura del suelo.—Lesseps: El túnel submarino entre Francia é Inglaterra.—Las explotaciones mineras submarinas.

Se lee una comunicacion del ministro de Comercio y Trabajos públicos, indicando los temores que ha suscitado en Inglaterra la aparicion del *doryphora*, parásito de las patatas que amenaza en algunos puntos destruir esta utilísimas planta, y que en los Estados-Unidos ejerce ya hace tiempo su poder destructor. El ministro invita á los sabios franceses á estudiar la cuestion, y á tomar las medidas necesarias para impedir la invasion en Francia de este *phylloxera* número dos.

—M. Becquerel presenta el resultado de sus estudios sobre las diferencias de temperaturas entre suelos contiguos, segun que estén desnudos ó cubiertos de vegetacion. Estando el aire á 12° bajo cero para ambos terrenos, se encuentra á 5 centímetros de profundidad, por ejemplo, una temperatura de 4 bajo cero en el terreno desnudo, y 0° '1 ó 0° '2 bajo cero en el suelo sembrado. Este interesante experimento es susceptible de nume-

rosas aplicaciones; por ejemplo, permite preservar de las heladas á ciertas raíces delicadas, cubriendo de césped el terreno en que están plantadas.

—M. Lesseps refiere que la Asamblea nacional se ocupa actualmente del proyecto de túnel submarino entre Francia é Inglaterra. Los estudios preparatorios han demostrado que entre Douvres y Calais, el canal de la Mancha, que no tiene mas que 30 kilómetros de ancho, no excede de 54 metros de profundidad; es decir, que las torres de Nuestra Señora de Paris, colocadas en el sitio más hondo, saldrían del agua unos 12 metros. La vía submarina debe hacerse á 100 metros bajo el nivel del mar, con lo cual estará separada del agua por un espesor de 46 metros de tierra, espesor más que suficiente para garantizar una seguridad perfecta. Los ingenieros no son tan audaces en este trabajo como en otros, y se comprende perfectamente al ver galerías submarinas que hoy existen en varias explotaciones mineras y que se hallan en condiciones mucho ménos favorables. Por ejemplo, las minas de plomo de Cornouailles se prolongan mucho bajo el mar; en White-Haven el desarrollo total de las galerías submarinas excede de 100 kilómetros, y los mineros están persuadidos de que el progreso de los trabajos les conducirá algun dia, paso á paso, hasta Islandia. Por otra parte, en algunas localidades las galerías están tan cerca del agua, que se oye distintamente el ruido de las olas. Hay galería que sólo está separada del mar por una pared de 1^m,20 y los días de tempestad es tan espantoso el ruido, que los mineros huyen horrorizados. Las fugas de agua son muchas, y los mineros tapan las grietas con una pasta como en los buques.

Al concluir su discurso M. Lesseps, emite la opinion de que M. Dupuy de Lôme debe preferir el túnel á su famoso proyecto de buques *portatrenes*.

M. Dupuy de Lôme se levanta á protextar de la manera más enérgica, asegurando que, lejos de renunciar á su proyecto, ha pedido al gobierno que autorice su ejecucion, al mismo tiempo que concede el túnel submarino.

M. Lesseps hace constar que el proyecto del túnel es debido á un ingeniero frances, M. Thomé de Gamond, que desde hace treinta años consagró á la idea toda su fortuna, y hoy se encuentra completamente arruinado, sin otro recurso que las lecciones de música que da su hija; por lo cual espera M. Lesseps que los promovedores actuales de la empresa sabrán reconocer la parte que corresponde al primer inventor.

Sociedad clínica de Lóndres.

LA TÍISIS EN LOS MATRIMONIOS.

El Dr. Weber presenta el resultado de sus estudios sobre la trasmisibilidad de la tísisis del marido á la mujer, la cual le ha parecido mucho más pronunciada que la de sentido opuesto, ó de la mujer al marido. De veintinueve matrimonios en que los maridos eran sanos y robustos y las mujeres padecían tísisis más ó ménos acentuadas, sólo ha visto comunicarse la enfermedad á uno de los primeros; y por el contrario, entre cincuenta y una mujeres casadas con tísicos, diez y ocho murieron de consuncion. Estas diez y ocho mujeres pertenecieron á nueve maridos; á uno de ellos

cuatro, á otro tres, á cuatro dos, y á tres solamente una. Cree el Dr. Weber que la trasmision debe verificarse en el acto de la generacion.

Es de notar la marcha rápida de la afeccion en las mujeres, al paso que en los hombres, aunque bien caracterizada, segun el autor, permaneció en estado crónico. En todos los casos, ménos uno, había ocasionado al fin la muerte de los maridos, pero largo tiempo despues de la de las mujeres.

Bueno sería, dice *El Siglo Médico*, hacer en mayor escala la estadística comenzada por el doctor Weber, pues serviría al ménos para advertir á las mujeres que debían tomar las mayores precauciones ántes de unirse con hombres cuya salud pudiera comprometer su vida.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

El comité formado en Lóndres para preparar una nueva expedicion al polo Norte, se reúne dos veces por semana, y adelanta rápidamente en sus trabajos. El comandante Alberto Markham ha sido encargado de la direccion con el capitán Nares. Algunos oficiales de la marina alemana han solicitado permiso para formar parte de la expedicion.

* * *

La geología acaba de experimentar una sensible pérdida. M. d'Omalius d'Halloy ha fallecido hace pocos dias en Bruselas. Nacido en Lieja el 16 de Febrero de 1783, era el decano de los geólogos y merecía una alta estimacion entre los hombres de ciencia de todos los países. Era presidente de la Academia real de Bruselas, correspondiente de la de Ciencias de Francia, miembro de la sociedad geológica de Paris, y autor de innumerables obras científicas, especialmente de geología, que son muy estimadas dentro y fuero de su país.

La REVISTA EUROPEA, que ha honrado sus columnas con un notable trabajo de M. d'Omalius (1), lamenta sinceramente la pérdida que acaba de experimentar la ciencia en la persona del eminente geólogo belga.

* * *

Los artistas malagueños señores Perez y Berronal, tan conocidos por sus excelentes trabajos oleográficos, acaban de publicar un precioso cuadro-calendario, cuyo centro es una reproduccion oleográfica, admirablemente hecha, de un cuadro de Meyer, y cuyo marco contiene adornos de mucho gusto, entre los cuales se halla el almanaque completo para todo el año actual. La lámina está colocada sobre un lienzo, y éste en un bastidor, de manera que constituye un verdadero cuadro, que, así en la reproduccion de la pintura de Meyer como en todos sus detalles, realiza una perfecta imitacion de un original al óleo.

* * *

Los restos de los célebres arquitectos D. Ventura Rodriguez y D. Juan de Villanueva, que se hallaban depositados en la iglesia de San Francisco el Grande para la formacion del panteon nacional de hombres ilustres, que se decretó hace

(1) *El transformismo*, pág. 181 del tomo I de la REVISTA EUROPEA.

tiempo y no se ha llevado á vías de hecho, han sido trasladados por la Real Congregacion del ilustre cuerpo de Arquitectos, al enterramiento propio de la misma, que existe en la iglesia de San Sebastian de esta corte.

La ceremonia ha sido tan solemne como era de esperar de la Congregacion que la ha realizado y de la memoria de tan ilustres varones, asistiendo comisiones de todos los cuerpos científicos y literarios, Academias é Institutos. Al pasar el cortejo por la calle de Toledo, frente á San Isidro, y por la Plaza Mayor, se depositaron en los féretros ramos y coronas dedicadas por diferentes corporaciones y artistas. Las actas correspondientes á esta ceremonia, se han firmado por todos los concurrentes, depositándose en los respectivos féretros. Sensible es que no se haya podido llegar á la creacion del panteon nacional de hombres ilustres, pero, entre tanto se realiza, si alguna vez hay posibilidad de ello, natural es que los restos de los hombres que un dia honraron á su patria, reposen en los lugares que les tienen destinados las corporaciones á que con tanta gloria pertenecieron.

* *

Noticias del paso de Vénus.

Aunque muy escasas y referentes á una pequeña observacion, se han recibido ya algunas noticias acerca del importante fenómeno astronómico del paso de Vénus por delante del disco del sol, que tantas esperanzas mantiene hoy por hoy en las corporaciones científicas, deseosas de conocer nuevos datos que favorezcan los estudios y cálculos de medida de las distancias inaccesibles.

La comision de sabios franceses establecida en Saigon ha participado á la Academia de Ciencias de Paris, que un jóven oficial de marina que disponia de una lente de ménos potencia que la de la comision oficial, estableció un observatorio al lado de el del delegado de la Academia. Hechas y comprobadas las observaciones de ambos, resulta, acerca de la salida del primer borde, una diferencia de 20 segundos, equivalente á una diferencia de 1/10 sobre la paralaje.

Al recibir estas noticias varios miembros de la Academia de Ciencias de Paris, han promovido una tempestuosa discusion, en que se ha revelado la impaciencia de unos y el desaliento de otros. Algunos han creido ver en estas imperfectas noticias el principio de la confirmacion de las dudas, que acerca del resultado de las observaciones abruga y ha publicado M. Flammarion en el artículo que, con el título de *La paralaje del sol*, insertamos en el número 47, página 377 del tomo III de la REVISTA EUROPEA. Pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la Academia de Ciencias de Paris ha acordado hacer caso omiso, en las reseñas de sus sesiones, de las expresadas noticias y prohibir la publicacion oficial de todas las que se reciban, hasta tanto que obtengan las comprobaciones suficientes con las que comuniquen los observadores de otros países; medidas que han causado mal efecto en los círculos científicos de Paris.

En interes de la ciencia celebraremos que se equivoquen M. Flammarion y los que han manifestado dudas acerca del resultado de las observaciones. Cualquiera que sea éste, creemos que no

tardarán mucho algunas noticias de las expediciones inglesas, y entónces se podrá juzgar algo más concretamente que en la actualidad.

F. C.

* *

Los eclipses en 1875.

El presente año no tiene más que dos eclipses, y, como sucede constantemente en estos casos, los dos de sol. Uno de ellos, el del 15 de Abril, será muy notable, especialmente por la duracion de su totalidad, que será mucho mayor que la del 29 de Julio de 1878, 29 de Agosto de 1886, 26 de Abril de 1892, 16 de Abril de 1893, etc., etc., que han de ser los mayores eclipses totales que pueden observarse en el presente siglo.

M. Hind, que ha comprobado con mucho cuidado los cálculos del *Nautical almanach*, ha encontrado que la fase de la oscuridad del eclipse de 15 de Abril llegará á 257 segundos en la isla Bentinck. Su línea central pasa un poco al Norte de Kaikal, en la isla de Camorta, que forma parte de las del archipiélago de Nicobar, donde la fase de oscuridad, más larga todavía, será de 267 segundos. El fenómeno será visible en Bangkok, para donde el rey de Siam ha invitado á los observadores. M. Janssen irá en representacion de Francia á observar este eclipse. La Sociedad real de Lóndres enviará tambien una expedicion organizada por M. Lockyer. Se usará el siderostal ó lente horizontal, sin perjuicio de hacer uso tambien de las ecuatoriales. (*La Nature.*)

* *

La máquina de votar.

M. Morin, ingeniero eléctrico, bien conocido por sus numerosos trabajos sobre la luz eléctrica, ha inventado una máquina para votar muy ingeniosa, y que quizá se generalice en breve en los parlamentos de Europa. Cada votante tiene en el pupitre (ó respaldo del banco anterior), delante de sí, una pequeña caja; dentro de la cual hay dos teclas, una blanca y otra negra, correspondientes la primera al voto afirmativo, y la segunda al negativo. Hasta aquí no se distingue el aparato de M. Morin de las campanillas eléctricas.

Los votos aparecen en un gran cuadro situado en sitio visible, en el cual está inscrito el nombre de cada diputado al lado de un agujero. Si el voto es favorable aparece un carton blanco en este agujero, y negro si es negativo. De modo que las votaciones nominales pueden simplificarse mucho, pues con esta máquina los secretarios no tendrán necesidad de escribir los nombres de todos los votantes. Tampoco tendrán que tomarse la molestia de contar los votos blancos ó negros en el cuadro, pues el aparato está provisto de dos contadores en los cuales aparecen siempre el número de votos de cada clase que van emitidos.

En el caso de que un votante quiera motivar su abstencion no tiene más que mover las dos teclas á la vez, y aparecerán en el agujero correspondiente á su nombre la mitad del carton blanco, y la otra mitad del negro.

Las equivocaciones son imposibles, y el mecanismo muy sencillo.